

# Nunca vuelvas atrás



# Lara Sánchez

# **Nunca vuelvas atrás**

Lara Sánchez

Título: Nunca vuelvas atrás  
© 2013 Lara Sánchez  
Reservados todos los derechos  
*Independently published*

## **ADVERTENCIA**

Los lugares que parecen en este libro están inspirados, siempre con cierta libertad, en lugares reales. Algún personaje, y alguno de los hechos narrados, se inspiran también en sucesos reales, pero con idéntica libertad en su recreación. El relato que sigue ha de considerarse, por tanto, fruto de la invención del novelista y no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

## Índice

- [1. El estado perfecto](#)
  - [2. Un trago de Vodka](#)
  - [3. El encuentro](#)
  - [4. En San Ginés](#)
  - [5. Una flor en el culo](#)
  - [6. La fundación](#)
  - [7. La milonga](#)
  - [8. Del hospital al smoking](#)
  - [9. Noche de Harleys](#)
  - [10. La gira](#)
  - [11. Paris, Roma](#)
  - [12. La confesión](#)
  - [13. El último beso](#)
  - [14. Ahora](#)
  - [15. Mei Ling](#)
- [Definiciones del argot](#)
- [Información del autor](#)

# 1. El estado perfecto

*Ahora, un lunes cualquiera*

Hoy me reúno con mi editor, va a presentarme a Miguel Leal, el Catedrático de Arqueología más prestigioso de España y especialista en temas egipcios para que me asesore en mi nueva novela. Hace tiempo que llegó a la conclusión de la necesidad de tener algún personaje de cierto renombre para ayudarme en las tareas de documentación. La verdad es otra; ese catedrático, su universidad y la fundación que dirige necesitan de mi nombre y prestigio para elevar su estatus y obtener aún más reconocimiento en sus investigaciones o, mejor dicho, sus trapicheos.

También estará presente una joven egiptóloga americana, Julia Thomson, que a pesar de su edad está considerada como una de las mentes más prestigiosas en esa rama.

¿Qué quién soy? Es cierto, no me he presentado y lo primero que os suelto es lo que voy a hacer en un rato. Mi nombre es Jorge Soto, tengo cincuenta y un años, soy un escritor reconocido en todo el mundo y rico; más bien diría que muy rico. No tengo la cifra muy clara, pero creo que he debido de escribir una treintena de títulos y más de veinte han tenido ventas millonarias; aunque mi fortuna no procede del trabajo como autor de novelas de aventuras, antes de publicar mi primer libro ya era poseedor de un considerable patrimonio gestado por la diosa fortuna, por la casualidad y por una larga lista de singularidades.

A pesar de ser un personaje público intento ser una persona solitaria, no tengo pareja estable; aunque estuve casado una vez, más bien fue una mentira soñada, treinta años de un matrimonio ficticio que nadie reconoce y nadie recuerda.

Así que, no tengo a nadie, ni tan siquiera sobrinos a los que poder hacer regalos por navidad. Tengo el estado que definirían como “perfecto” y disfruto de ello.

¡Qué mierda! ¿Cómo voy a disfrutar de ello? Ya me estoy engañando otra vez y no quiero mentiros a vosotros. Hubo una vez que amé a una mujer, la quise con locura y no dejo de recordarla cada minuto, aún no he encontrado, ni quiero, a ninguna que pueda reemplazarla. Su imagen me acompaña a todas horas y me observa con esa mirada pícara y la sonrisa que me cautivó para todos los días de mi vida. La tengo en el lugar de honor de mi escritorio, en un pequeño marco de plástico que me obsequiaron el día que le regalé mi primer ramo de flores.

¿Alguna vez os habéis preguntado cómo habrían ido vuestras vidas si hubierais tomado otra decisión en un momento determinado?

«¡Claro que sí! ¿Quién no se lo ha preguntado?»

Yo, muchas, pero por desgracia esas decisiones terminaron por ser erróneas en momentos demasiado determinantes de mi vida y la última, hace cinco días. Cinco días de tormento interior, de sufrimiento, de lágrimas por culpa de una condena, quererla.

Aunque todo empezó hace unos años muy lejos de Madrid.

## 2. Un trago de Vodka

*Viernes, 16 de julio de 2010*

Me encontraba en Minsk, capital de Bielorrusia, y había acudido a cerrar uno de mis negocios. Como en mis desplazamientos anteriores, estaba alojado en el Hotel Belarus cerca del río Svisloch, pero el viaje estaba siendo muy distinto a los anteriores; mi estado de ánimo estaba bastante castigado, mi matrimonio no marchaba bien. No es que sea cosa de ahora, esto ya viene de largo y hemos pasado por alguna que otra crisis que pudimos superar con paciencia y tiempo.

Tiempo, maldito seas por siempre. Herramienta del diablo que te tienta con su manzana y si no encuentras ayuda de alguien que te diga cuando parar, que abandones el fruto y que te haga comprender que un bocado, aquel que está permitido y sólo ese es el que debe saciarte, te engancharás al dulzor de su sabor que te hará volver una y otra vez a morderla hasta que te quedes sin fruto y ¡sin tiempo!

Sentado en un muro y con los pies colgando sobre las aguas del Svisloch, ahogaba mis recuerdos con una botella de vodka barato de la que ya había dado cuenta la mitad de ella, y en mi delirio etílico le hablaba al río, como si pudiera escucharme y de él pudiera salir la solución que necesitaba.

—¿Sabéis una cosa pececitos inmundos? Sois tan borrachos como yo, estáis ahí, esperando a que vacíe la botella sobre el agua para pillar una cogorza como la mía.

—¡Peces en río, no beben alcohol!

Me di la vuelta para ver quién acababa de decir esa chorrada y en mi idioma. Una anciana oriental, sería incapaz de decirnos cuantos años tendría; si estuviera sobrio tal vez ochenta, pero en mi embriaguez podría echarle doscientos. Eso me hizo reír un buen rato.

—¿Qué no beben? Si quieres les canto un villancico de mi tierra y verás cómo beben. —Volví a reírme sin compasión alguna de la anciana que no



dejaba de mirarme con tristeza.

—¡Vodka mal amigo!

—Ahora mismo es el único que me entiende.

—¡Vodka no entiende, solo querer que lo bebas como manzana querer que la comas!

Mi estado, próximo al coma etílico, no perturbaba mis sentidos del todo y reaccioné ante lo que me dijo.

—¿Quién eres y que sabes tú de mis manzanas?

—¡Yo, Mei Ling!

—¡Esto tiene gracia! Una china hablando con un borracho español en una ciudad rusa. El mundo es un pañuelo, vieja.

—¡El mundo no es nada! ¿Por qué querer que vodka sea amigo tuyo?

—¡Pregúntale a mi manzana, vieja!

—¡Aún no has mordido manzana! ¡Te cambio fruta por vodka!

«Esta tía es gilipollas», pensé.

—¡Mei Ling ve en tu dedo anillo de casado!

Miré mi mano derecha y saqué la alianza del dedo, a través de él intentaba ver las estrellas sonriendo ante la tristeza. Un arrebató, el alcohol ¡qué más da! con todas mis fuerzas lancé el anillo hacia el río sin que me diera tiempo a ver como las aguas del Svisloch lo devoraba.

—Mei Ling ya no puede ver el anillo en mi dedo.

Durante una hora la anciana china me liberó de la borrachera aburriéndome con historias de su país, o eso o me tiraba al río. Ya me encontraba bastante despejado y se me ocurrió una idea para una nueva novela, le pregunté si querría venir conmigo y contarme más historias de su pueblo.

—¡Mei Ling contarte historias de ancestros de Mei Ling, pero tu contarme tu historia ¿por qué tirar anillo?

—¡Eres una vieja cachonda! —dije riéndome.

Mi anciana amiga se sentó también en el muro mirando las oscuras aguas del río.

—¡Tu historia! —dijo Mei Ling.

—He vivido con una mujer que lo ha dado todo y ha sacrificado su vida por mí y yo le he devuelto apatía, la he ignorado, nunca he contado con ella para nada y la he arrastrado en todos mis despropósitos.

—¡Muy típico de hombres!

—Sí, muy típico. Era una mujer destinada a ser alguien en la vida y la aparté de su éxito, le negué sus aspiraciones, le corté las alas antes de que salieran. Fui un verdadero egoísta que no ha sacrificado nada mientras ella lo sacrificó todo.

—¡Mei Lin te dice que buen principio reconocer propios pecados!  
¡Regresa con ella, todo salir bien!

—Ya es tarde, Mei Ling, tanto la he ahogado en estos años que ha encontrado a otro que ha sabido darle lo que necesita, ya la he perdido.

—¿Tirar anillo por un solo hombre? ¡Tú muy mal de la cabeza!

—No ha sido uno solo, ha habido varios a lo largo de los años, aventuras sin importancia que le hacían sentirse mujer. Me tragaba mis celos, unas veces infundados y otras reales, y perdonaba.

—¡Ella no culpable, ella pájaro en jaula y tú carcelero!

—¡Cierto! Y creo que ha llegado la hora de que no regrese a su jaula, que viva su vida con la persona a la que ha conocido ¡Quizá yo nunca vuelva a España!

—¡Tú volver! ¡Repasa tu vida y mirar donde cometer error! ¡Yo regalarte anillo de mis ancestros para que lleves en dedo y recuerdes siempre qué y quién eres!

Mei Ling puso en mi dedo un anillo de oro grabado en toda su circunferencia con una cadena de corazones.

—Es precioso, Mei Ling.

—¡Ahora vuelve y arreglar problema, pero recuerda ¡solo una vez! ¡No comas toda la manzana!

—¡Ven conmigo a Madrid!

—¡Mei Ling ir encantada si tu pagar todos los gastos!

La anciana me hizo reír bastante y nos alejamos paseando por la ribera del río, no sin antes dejar otra de sus lapidarias frases chinas:

—¡Ahora repasa tu vida, recuerda todo!

### 3. El encuentro

*Miércoles, 11 de diciembre de 1985*

Acababa de entregar en la editorial el manuscrito de mi tercera novela y la reunión con mi editor se había demorado más de la cuenta; primero una larga comida, seguida de una interminable partida de mus que jugamos contra un nuevo fichaje y su agente literario; un curioso poeta que acababa de firmar para publicar su primera obra, un libro de odas dedicado a una extraña libertad y de un contenido muy utópico.

La tarde fue insufrible hasta que por fin pude liberarme de aquella compañía al no querer un órdago a juego siendo mano y con treinta y una. Tuve que soportar las risas y bromas de los contrarios y el monumental cabreo que se cogió Julián, mi editor. Opté por la mejor solución, pagar yo las consumiciones y la comida; aunque eso no mermó su malestar, era un hombre empeñado en ganar siempre a todo. Sentía una terrible envidia por la suerte que siempre me acompañaba.

Me despedí de ellos teniendo que aguantar de nuevo otro poema que sin ninguna piedad me dedicó mi contrincante en la partida; he de reconocer que no soy muy ducho en esto de la poesía moderna, donde estén Lorca, Bécquer, Quevedo o Machado, se me pueden ir apartando los demás; pero si lo de este autor es la gran poesía emergente ya se puede ir dedicando a otros menesteres, porque con la publicación no creo que sobreviva.

La tarde, noche ya, era agradable e invitaba a pasear así que, tomé la decisión de ir en metro hasta la estación de Sol y desde allí, bajar andando hasta mi casa. Un nada humilde apartamento en la Gran Vía madrileña.

El metro, con ese peculiar olor a carbonilla y grasas de taller, unido al hedor humano en horas punta era mi medio de transporte favorito y me permitía disfrutar de una buena lectura como la que tenía entre manos. Se trataba de un manuscrito que había recibido mi editor de una jovencísima autora sobre un tema que me fascinaba, futuro, pasado, mundos paralelos y

seres increíbles que habitaban entre nosotros. Muy recomendable, lamento no poder daros el título ya que es norma de la editorial mantenerlo en secreto hasta el lanzamiento oficial.

El convoy se detuvo en la estación de Río Rosas y sucedió uno de esos momentos tan raros que se dan en el metro a esas horas, casi todos los pasajeros se apearon y sólo entraron media docena en el vagón donde me encontraba; una verdadera liberación que hizo que mi espacio vital se relajara a sus anchas en el asiento. Volví a centrarme en la lectura del manuscrito y sentí esa sensación que ya había experimentado antes; ese hormigueo que precedía al momento que no tardaría en llegar, esta vez crucé los dedos.

—¿Jorge?

Levanté la vista y allí estaba ella, preciosa, radiante, con su eterna sonrisa y esa melena negra que le tapaba media cara.

—¿Luisa? —dije levantándome del asiento.

—¡Cuánto tiempo sin vernos!

—¡Menuda sorpresa, Luisa! Estás preciosa.

—¡Perdona, tío! ¿Preciosa? —Escuché detrás de ella.

En mi interior tuve que sonreír cuando me fijé en el chico que me había hablado, no me lo podía creer, tenía ante mí a una réplica de Travolta en *Grease*. Siete años después del estreno y aún quedaban seres capaces, no solo de usar la misma ropa, sino también de llevar la misma expresión en sus caras.

—Es un viejo amigo del barrio, Teo. Siempre me llamaba así de niños —dijo Luisa.

El tal Teo no quedó muy convencido con la explicación de Luisa y se dedicó a mirar el techo del vagón; recuerdo que Travolta realizaba ese mismo gesto varias veces en la película.

—Mucho gusto, Teo —le dije.

Extendí mi brazo para saludarle y el contacto no fue nada agradable, un apretón de esos donde la mano del otro parece hecha de chicle, si llego a apretar un poco más estoy seguro que se habría escurrido entre mis dedos, por suerte para ambos, la apartó rápido y soltó una especie de gruñido mezcla de ronquido y alguna palabra en jerga que no recuerdo haberla oído hacía mucho tiempo.

—¿Qué es de tu vida, Jorge? —dijo Luisa.

—Vengo de trabajar, buscarme la vida, ya sabes.

—¿Y qué es lo que haces?

—Estoy metido en el mundo de los libros.

—¿No me digas que eres vendedor del “Círculo de Lectores”? —dijo Teo.

—¡Bueno, algo parecido!

—Hace tiempo me encontré con tu madre —dijo Luisa cambiando el tema —, me comentó que estabas en la universidad.

—Terminé mis estudios el año pasado, soy ingeniero. ¿Y tú?, ¿estudias o trabajas?

Me hizo sonreír la última frase que dije y miré de reojo a Teo, noté la poca gracia que le hizo escucharla, seguro que la había repetido infinidad de veces en las discotecas delante de alguna chica.

—También acabo de terminar en la universidad.

—¿Y qué has estudiado?

—Antropología, en la Autónoma.

—Bonito y curioso estudio, Luisa.

—Quería hacer algo distinto. ¿Dónde vives, Jorge?

—Vivo en el centro, muy cerca de mi trabajo, ¿y tú?

Menuda conversación para besugos que estábamos teniendo; aunque mirándolo bien es la típica entre dos personas que se encuentran en el metro después de muchos años y que después de unos minutos no volverán a verse en otros tantos, o quizá, nunca.

—Yo sigo viviendo en el barrio —dijo Luisa.

—¿Sigue Aluche en el mismo sitio?

Soltó una enorme y preciosa carcajada que hizo poner todo mi cuerpo en estado de alerta máxima, piel de gallina y vello de punta. ¡Vale! imaginando lo que estáis pensando: «vaya tipo más cursi es este Jorge». Cierto, puedo pareceros cursi, pero con veinticuatro años y teniendo frente a mí a la chica de la que siempre he estado enamorado no sé comportarme de otra forma.

—Sí, sigue en el mismo lugar, no se lo han llevado a ningún sitio, Jorge.

El interior del vagón se iluminó aún más por los destellos de las luces de la estación en la que estábamos entrando, habíamos llegado a Sol. Los segundos que tardó el metro en parar los pasamos mirándonos, sin decir nada, sonriendo.

—Bueno, esta es mi parada, yo salgo aquí. Me ha hecho mucha ilusión verte, Luisa. Podríamos quedar algún día, si te parece.

—¡Sería genial! Nos llamamos.

—Sí, nos llamamos; pero si no te doy mi número no creo que podamos hacerlo.

Saqué una tarjeta del bolsillo y se la entregué a Luisa que la aceptó entre risas, aproveché para anotar el suyo en otra tarjeta con el notable disgusto por parte de Teo.

—Prometo que te llamaré pronto, Luisa.

Nos despedimos con un par de besos acelerados en la cara para poder salir del vagón antes de que se cerraran las puertas y pude ver el sonrojo en sus mejillas y el amarillo verdoso en la cara de Teo. Me quedé en el andén contemplando como se alejaba el metro y soportando los empujones de los viajeros que me veían como un estorbo, un obstáculo en su camino que les obligaba a sortearme.

Hasta el último momento pude ver como Luisa me seguía mirando y como el tonto de su novio empezaba a hablar con ella en tono recriminatorio. No tengo ni idea de cuál sería la conversación; pero mi cabeza de creador de historias dibujó una escena de lo que estoy seguro estaría pasando:

—¿Quién es ese Jorge? ¿De qué le conoces?

—Ya te lo he dicho, Teo. Somos amigos desde que éramos niños, del barrio y hace mucho que no le veía.

—No me ha caído bien, es un *estirao*, ¿has visto la ropa de pijo que lleva?

—Pues a mí me gusta ese estilo —dijo Luisa.

—¡No me jodas, *tía*! ¿Cómo te van a gustar los trajes y esos abrigos largos? ¡Qué eres de Aluche y no te enteras!

—Y tú eres un macarra, Teo.

—No me contestes que te suelto una hostia. Dame la tarjeta, tú no llamas

a este tío por mis huevos.

## 4. En San Ginés

Quise aprovechar que era lunes y las tiendas no habían abierto aún las puertas para acércame a San Ginés, una cafetería típica de Madrid donde la especialidad es el chocolate con churros y lugar de encuentro de la multitud tras una larga noche de copas; el lugar perfecto para desayunarme y, de paso, leer la prensa del día. Es una pena que el tiempo no acompañe y tenga que estar dentro del local, porque una de las delicias del lugar es poder estar sentado en cualquiera de las mesas que tienen apostadas en el callejón.

Hacía cinco días de mi encuentro en el metro con Luisa y yo preferí dejar unos días más antes de ponerme en contacto con ella. Medio café, dos churros y nueve páginas del diario después de haberme sentado en la mesa y sentí de nuevo esa sensación. Esta vez se había adelantado a todo lo que tenía previsto.

—¡Jorge! No me lo puedo creer, siete años sin verte y en una semana te veo dos veces.

Me levanté con rapidez de la silla y la contemplé. Tenía la cazadora en el brazo y el bolso colgado del hombro, estaba exuberante, llevaba unos ajustados vaqueros y zapatos de tacón que realzaban su figura, camisa blanca y nada de maquillaje en su cara, sólo la línea de los ojos y un precioso rojo en sus labios.

—¡Luisa! Qué alegría verte. ¿Qué haces por aquí?

—He salido temprano para comprar algunos regalos antes de que esto se llene de gente y me apetecía tomarme un chocolate aquí, en San Ginés.

—Te invito ¿te apetece sentarte conmigo?

—Gracias.

Se sentó frente a mí y apartó el pelo de su cara, la veía radiante, tal y como siempre ha estado en mi memoria. Llamó al camarero levantando su brazo y estirando el cuerpo hacia atrás, no pude evitarlo, soy hombre y mis ojos se quedaron fijos en sus pechos, estoy seguro que os gustaría una descripción detallada de lo que estaba viendo, pero no quiero.



—¡Cuéntame, Jorge! Qué es de tu vida, llevo mucho tiempo sin saber de ti.

—Poca cosa, ya sabes que me fui de casa a los dieciocho, entré en la universidad y aquí estoy.

—Como siempre, reservado —dijo Luisa riéndose.

—No tengo mucho que contar, mi vida es muy simple. Y tú, ¿qué has hecho?

—Pues conseguí entrar también en la universidad, no me lo puedo creer aún.

—¿Y eso por qué?

—Te acordarás que en mi casa no había dinero para casi nada y mucho menos para que yo pudiera ir a la universidad, de pronto es como si me hubiera tocado la lotería. Mi madre recibió una carta donde le decían que si yo quería ser universitaria me concedían una beca.

—¡Eso fue cojonudo, Luisa!

—Sí, nadie en casa nos lo podíamos creer.

—¿Y te concedieron una beca, así, sin pedirla?

—No era una beca estatal, creemos que tuvo que ser algún amigo de mi padre, de esos que él conocía y nosotros no sabemos nada —dijo Luisa.

—¡Benditos amigos! ¿Por cierto, cómo está?

—Falleció poco antes de que recibiéramos la carta.

—¡Vaya, lo siento! ¿Y tu madre?

—¿Mi madre? ¡Estupenda! Sigue trabajando en el mismo ministerio de siempre.

El camarero llegó para servir los churros y el chocolate que Luisa había pedido. Nos mantuvimos en un largo silencio, los dos queríamos decirnos cosas y ninguno daba el primer paso o por lo menos esa era la impresión que yo tenía; tal vez ella estaba esperando el ansiado desayuno y por eso no hablaba. El caso es que cuando se llevó el churro empapado a su boca y todo el chocolate explotó dentro de ella tuve que hacer un esfuerzo sobre humano para no llevar un dedo a la comisura de sus labios y recoger el fino y dulce hilo que se descolgaba hacia su barbilla.

—¿Y tu novio? Teo, ¿no?

—Sí, Teo. Bueno, no es que sea mi novio, salgo con él.

—No le veo saliendo contigo —dijo intentando averiguar como de fuerte era esa relación.

—No tienes que ver nada, salgo con él y ya está. Me gusta y es bueno en la cama.

—No quería meterme en tu vida privada.

—No te preocupes, no me he molestado. Lo que pasa es que hace mucho que aprendí que mi relación con los hombres la decido yo. ¡Y no lo digo por ti! Es que siempre he estado rodeada de falsas amigas que te dicen de todo: que si este no, que si aquel es tal, que si el otro está como un queso...

—Sí, todos estamos rodeados de ese tipo de amigos. ¿Llevas mucho con él?

—Un año.

—Entonces parece que la cosa no va mal.

—No sé si me casaré con él —dijo entre risas y más chocolate en su boca —. ¿Y tú, tienes novia?

—No —sonreí—, eso no va conmigo.

—Pero, ¿cómo que no va contigo?

—No tengo tiempo.

—¡No digas gilipolleces! Para una chica siempre hay que tener tiempo —dijo con un pícaro guiño.

—Los estudios, el trabajo, demasiado ocupado.

—¡No me digas que los sábados no vas a la *disco*!

—Hace mucho que no voy a bailar, Luisa —dije.

—Pues eso lo podemos arreglar. Vente con mi pandilla un día, te lo vas a pasar genial y te puedo presentar a alguna chica que se moriría por estar contigo. ¡Joder, Jorge! Esta mal que lo diga, pero estás cañón.

Si hay algo que haga saltar todos los resortes a un hombre lo acababa de decir Luisa; aunque sea mentira, cuando una mujer te dice eso de “estás cañón” el ego, y lo que no es el ego, se levanta de una forma que sólo podemos saber nosotros; o eso creo.

—Me vas a sacar los colores, Luisa.

—¡Es verdad, tonto! Un tío con trabajo, ingeniero, que vive solo, ¡vamos, que ya lo quisiera yo para mí!

—Si fuera un ligón te diría que aquí me tienes —dije.

—No me tientes —dijo Luisa.

Los dos acabamos riéndonos de ese pequeño y nada inocente juego que estábamos manteniendo. El tiempo había pasado volando, como siempre; ese maldito tiempo empeñado en pasarnos las facturas que tenemos que pagar por contar con él, por vivir.

Luisa tenía que marcharse ya y no había nada que la retuviera por más tiempo conmigo; me pidió de nuevo el teléfono ya que, según ella, no sabía dónde había dejado la tarjeta que le di en el metro.

Nos despedimos con un beso en la cara, olía de maravilla, cerré los ojos y sentí sus labios tan próximos a los míos que pude recordar su sabor. Me perdería de nuevo entre ellos, bebiendo de ella, luchando las lenguas en una batalla donde no habría perdedores, donde el aliado sería el deseo y el triunfo unas miradas satisfechas.

## 5. Una flor en el culo

Me acerqué a ver a Raúl, el director de la oficina bancaria donde tenía depositada toda mi fortuna. Él estaba encantado conmigo, no le daba problemas, casi mantenía su oficina sólo con mi cuenta y a mí me venía de perlas; ya que le dejé encargado de todos los trámites administrativos y jurídicos que implicaba la gestión de mis bienes. También es verdad que se llevaba un buen sueldo por ello.

—¡Cómo coño lo haces, Jorge! —dijo Raúl.

—Tengo suerte, ya sabes, una flor en el culo.

Acababa de entregarle un resguardo de la lotería primitiva con seis aciertos, ni más ni menos que acababa de ganar la noche anterior más de sesenta y cinco millones de pesetas, y no había sido la primera vez.

—¿Suerte? Ya he perdido la cuenta de las veces que te ha tocado la lotería, de las que has acertado en bolsa, de tus compras de inmuebles tirados de precio y que luego vendes por una millonada. ¿Tú has hecho un pacto con el diablo?

—Casi aciertas, Raúl —dije sonriendo—. Es cuestión de acertar con los cálculos adecuados.

—¡Y un huevo! Pero me da igual, tú sigue así que yo siempre estaré aquí con los brazos abiertos. ¡Venga, invítame a un café!

—Por lo que te pago ya podrías invitarme tú —dije.

—El millonario eres tú, así que no seas tan quisquilloso.

Abandonamos la oficina entre risas y nos encaminamos a un pequeño bar cerca del banco, en una callejuela que desemboca a la Gran Vía; allí estuvimos cerca de una hora hablando de todo un poco.

—Jorge, tío, te conozco hace mucho, hemos salido infinidad de veces de copas y hemos cenado muchas veces juntos, con mi mujer.

—Cierto, ¿y?

—Pues eso, que hemos cenado los tres, ¿te enteras?

Raúl se esforzaba en hacerme extraños gestos con sus dedos y moviendo su cabeza de una forma bastante divertida, sabía de sobra lo que quería decir; pero me lo estaba pasando de “puta madre” con el juego.

—¡Claro! Mari es una tía genial, recuerda que yo te la presenté y tú fuiste el que te casaste con ella.

—¡Joder! no me vengas con esas, tú no tenías nada que hacer, quiero decir que no tenías nada con ella.

Rectificó a tiempo, pero tenía razón en parte. No tenía nada con Mari y nada que hacer con ella, no me interesaba; aunque antes de que se la presentara tuvimos alguna que otra noche de locura. Alguna que otra noche, algunas mañanas y bastantes tardes. Raúl no sabe nada y nunca lo sabrá, Mari me hizo jurar que nunca le diría nada y yo cumplo mis promesas.

—Ni pienso tenerlo, no tengo ganas de perder tu amistad.

—Perderías algo más que mi amistad, seguro que te quedarías sin algún diente.

—Le tengo más aprecio a mis dientes que a tu amistad —dije riendo y dándole un golpe en el hombro.

—Lo que te quiero decir es que llevo mucho tiempo sin verte con chicas y Mari lo ha comentado varias veces.

—Raúl, a veces tenemos pareja y otras no.

—¡Pero tendrás que follar! ¿O te la vas a menear toda tu vida?

—Ahora mismo no he encontrado la mujer que necesito —dije riéndome ante la ocurrencia de Raúl.

—Déjate de excusas, Mari y yo hemos pensado en organizar una cena por navidad e invitar a una amiga nuestra que está de puta madre.

—¿Y qué quieres que haga?

—¡Joder, pues lo que se hace en estos casos! Comer, beber, te la llevas a la habitación de arriba y te la tiras.

—Os lo agradezco mucho, Raúl —dije entre carcajadas—, de veras; pero tengo planes para navidad, tengo que ir a Nueva York para un tema de mis libros.

—Como quieras, pero cuando necesites desfogarte llámame y nos vamos

a ver a las putas del banco. ¡Son la hostia tío, la puta hostia!

—No te preocupes, un día quedamos y les hacemos una visita a tus amigas.

—Pero sin que se entere Mari ¿vale?

Dejé a Raúl en la puerta de su oficina y anduve paseando hasta uno de los pisos cerrados que tengo en Madrid, en el Retiro, un lugar privilegiado para vivir cerca del Museo del Prado donde suelo pasar bastantes tardes buscando inspiración para mis historias al que le tengo reservado un uso especial.

La conversación con Raúl me dio que pensar, quizá tenía demasiado centralizado todo en su oficina; le tenía mucho aprecio, pero no debía descuidarme y por una simple tontería alguien podría sospechar de mí, hacer un seguimiento y ponerme al descubierto cuando averigüen la procedencia de mi fortuna. No es fácil aceptar que a una misma persona le lleve tocando la lotería varias veces al año desde que ésta empezó; ¡y las que faltan aún!

El paseo se hizo más largo de lo que pretendía, después de estar en el piso me acerqué hasta la Plaza Mayor, tenía ganas de comer un bendito bocadillo de calamares, bien pringoso, con un par de cervezas y luego irme a casa a escribir algunas páginas de mi nueva novela. Un plan perfecto. Un solitario y aburrido plan si no lo evitaba Luisa, tal y como espero; así que, al llegar a casa me di una ducha rápida, cambié el traje y el abrigo por unos vaqueros y esperé a que sonara el teléfono.

¿Qué de qué voy os estáis preguntando? Creedme cuando os digo que he vivido esta situación cientos de veces y sé de lo que hablo; no podéis llegar a imaginar cómo se encallece el alma cuando el deseo lucha contra el tiempo, te vuelve fuerte, duro e insensible.

El teléfono sonó en mi salón, ¿qué os había dicho?; ese timbre clásico que siempre me ha gustado escuchar y que no cambiaría nunca por ningún otro tono.

—¿Dígame?

—¿Jorge?, soy Luisa.

—¡Hola, Luisa! ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Oye, llevo casi una hora pensando en si te llamo o no.

—¿Y eso?

—Estamos por el centro y creo que me dijiste que vivías por Gran Vía; era por si te apetecía tomar algo.

—¿Estás con toda tu pandilla?

—Sí, estamos todos.

—¿Y Teo?

—También.

—Verás, Luisa, no soy persona de muchos jaleos, quizá otro día. Ahora mismo prefiero algo más de tranquilidad y no tengo fuerzas para escuchar historias de mucha gente. Cuando os juntéis menos avísame y estaré encantado de verte.

Luisa calló durante unos instantes y en su silencio podía escuchar como el teléfono se tragaba las monedas agotando el tiempo.

—Jorge, la verdad es que me despisté hace un rato de todos y no sé por dónde andarán. Iba a marcharme para casa y pensé en llamarte, llevo sentada en un banco de la calle desde entonces.

—¡Dónde estás!

—En la calle Montera, junto a la estación de metro.

—Estás cerca. Bajo ahora mismo.

Mi última oportunidad, intentarlo más veces acabaría volviéndome loco y quien sabe, quizá morir en el intento. ¿Trágico? No, realista, más de lo que podéis imaginar.

Tuve que subirme el cuello del chaquetón, la noche del viernes estaba siendo bastante fría y el cielo, blanquecino, pintaba nieve tarde o temprano. Había mucha gente por la calle y alrededor de la estación de metro aún más, se juntaban los grupos que entraban y salían con los que habían escogido ese punto de reunión para quedar con otros amigos. Las noches de Madrid eran pura delicia para los que salían a divertirse y un zarpazo en el corazón para los que acaban de ver a la mujer que ama.

Daba igual la cantidad de gente que hubiera, allí estaba, sola, mirando en todas direcciones, con las manos dentro del abrigo y algo encogida por el frío, lo que hacía que su melena negra quedara mal atrapada entre su cuello y las solapas de su prenda. Ya casi había llegado hasta ella cuando se giró y me vio, en su cara pude ver una gran sonrisa y antes de que pudiera decir nada le di

dos besos en la cara, despacio, muy cercanos. Necesitaba volver a sentir su olor.

—Hola, Jorge.

—¡Estás helada! Déjame que saque tu pelo del chaquetón, parece que lleves sombrero.

Mi comentario liberó algo la tensión que sentía en ese momento y soltó una débil carcajada. Mi cara se acercó a la suya mientras mis manos alisaban su cabellera y la dejaba caer por la espalda con toda libertad. Nuestros ojos se miraban, se buscaban, y ella los cerró; se acercó despacio y posó con timidez sus labios en los míos.

Acerté a besarlos, con suavidad. Luisa volvió a mirarme con los ojos brillantes, interrogándome, y no quise darle tiempo a que siguiera pensando en nada, aparté mi cara y terminé de adecentar su pelo.

—¡Genial! Ahora estás mucho más guapa; aunque eso es difícil.

—¿Por qué siempre encuentras las palabras perfectas?

—Hago mis deberes.

—Pues no debes salir mucho al recreo.

—¿Qué quieres decir, Luisa?

—Guapo, rico, joven, sabes hablar y estás sólo.

—¡Pero que manía os ha dado a todos por decirme que estoy sólo! Ahora mismo no lo estoy, estoy contigo, la mejor compañía. Mira a todos los que están a nuestro alrededor, los hombres me miran con envidia y las mujeres te destriparían aquí mismo por ser tan guapa.

—Eres tremendo, Jorge. ¡Anda, vamos a tomar algo! ¿Conoces un sitio *guay* por aquí?

Apoyé mi mano en su cintura y nos marchamos del bullicio entre agradables carcajadas. Verla reír sería motivo de guerras entre pueblos; como si de “Elena *de Troya*” se tratara.

Conocía un pequeño pub cercano, muy tranquilo y que a esas horas no habría mucho público. El sitio ideal para estar con ella, hablar tranquilos y escuchar de fondo una magnífica banda de *jazz*. Escogimos mesa en la sala y fuimos al guardarropa a dejar los abrigos.

—Me encanta tu ropa, Jorge.



—¿Por? Unos simples vaqueros y una camisa.

—Es diferente, no sé.

—Suelo comprar mi vestuario en Milán o en Nueva York, quizá sea por eso.

—Quizá; pero te queda diferente a los demás.

No respondí, ni era oportuno hablar de mi ropa ni del fallo que había cometido al ponérmela; pero qué puedo decir de cómo iba vestida ella. Una blusa blanca, no muy entallada, de esas que dejan los hombros al aire y se abrochan con el nudo de unas cintas a la altura de su pecho; zapatos de tacón, otra vez, y para terminar de volverme loco una preciosa minifalda, de esas entalladas y que por mucho que lo intentes nunca eres capaz de ver nada, sólo unas magníficas, espléndidas y preciosas piernas enfundadas en unas finísimas medias.

—¡Estás preciosa, Luisa!

—¿Podrías decir algo distinto a preciosa y hermosa, Jorge? Algo más acorde al barrio de dónde somos.

—Puedo intentarlo.

—Quiero que lo hagas.

—¿Y si tartamudeo?

—Te estaré mordiendo esa lengua hasta que se vuelva normal.

El juego empezaba a ser divertido, en ella nunca ha existido el aburrimiento, sólo los avatares que el tiempo impusiera podrían cambiarla; pero hoy no.

—Estas... estás... muy...estás muy...

Su cara se transformó, su sonrisa era maquiavélica, sus ojos seductores taladraban los míos, puso una mano en mi hombro, otra en mi nuca y me besó. Mi cuerpo reaccionó como siempre, esos besos son y serán parte de mi vida; mis manos tomaron sus mejillas y contraataqué. Estuvimos perdidos Dios sabe cuanto tiempo entre nuestros sabores, intercambiando deseo, nuestras caderas se golpeaban sin conciencia propia buscando algo más que un beso eterno. Con mucha lentitud aparté sus labios de los míos.

—Necesito una copa, Luisa.

—¿Por qué?

—Porque estamos en un pub, en mitad del guardarropa, nos acaban de hacer una foto y estamos poniendo cachonda a la chica que está en el mostrador.

Soltó una carcajada y un guiño a la muchacha que había recogido nuestros abrigos.

—*Suertuda* —dijo la chica del guardarropa.

Me tomó la mano hasta llegar a nuestra mesa, momento justo que me vino de perlas para soltarme de ella porque ya había empezado a entrelazar sus dedos con los míos.

—Ron con Coca Cola, ¿y tú?

—Lo mismo, gracias —dijo Luisa.

—¿Te gusta el sitio?

—¡Y ahora qué, Jorge!

—¿Qué quieres decir, Luisa?

—Lo sabes de sobra, acabamos de besarnos, me gustas y yo sé que te gusto.

—Luisa, es cierto que me gustas, y mucho.

—Lo sé desde que estábamos en el barrio, pero desapareciste sin más, nunca supimos por qué.

—Eso ya es agua pasada.

—El agua ha regresado, Jorge.

—El agua no puede regresar, sigue su camino hasta el final y no te pongas filosófica, recuerda que yo soy ingeniero.

—No te vayas por las ramas, Jorge —dijo con una triste sonrisa—, necesito saber que va a ocurrir ahora.

—Luisa, no va a pasar nada, no puedes imaginar lo que ha sido para mí el besarnos, pero tienes novio y yo jamás estaré en medio de otra pareja.

—Me muero por ti, Jorge.

—Pero has de vivir sin mí.

Me miró con una tristeza que invadía su cuerpo cada vez más, no dijo nada, se levantó de la mesa y recogió su abrigo para perderse por las noches de Madrid.

—¿Quiere la foto, señor? —dijo el fotógrafo que minutos antes nos cogió en el mejor de los momentos.

—Déjela aquí, conozco al dueño y ya pasará yo a recogerla. Se la dejó pagada ahora.

Terminé de tomarme mi combinado con bastante calma escuchando de fondo el último disco de George Benson, que en ese momento cantaba *In Your Eyes*. Imaginé que Luisa iría en busca de Teo para que éste satisficiera sus necesidades de hembra.

Todo ha salido tal y como esperaba, la amaré toda la vida y mi corazón latirá por ella toda la eternidad; pero al fin estaba consiguiendo mi propósito, alejar de mi vida para siempre a Luisa. Ahora tocaba dejar la suya resuelta.

## 6. La fundación

*Lunes, 13 de enero de 1986*

Pasé toda la Navidad enclaustrado en la sierra para poder terminar mi cuarta novela. El día de Reyes me llamó Julián, mi editor, para contarme que presentaríamos casi de seguido en Madrid, París, Roma y Nueva York. Me esperaba un mes de enero y febrero bastante ajetreado.

Según el plan de viaje la primera presentación sería el lunes veintisiete de enero, con lo que tengo tiempo suficiente para resolver los asuntos que me habían traído otra vez aquí.

Bajé al centro y me acerqué a la sucursal de uno de los bancos de la zona. Abrí una cuenta a nombre de Luisa y de su madre e ingresé un cheque de quince millones de pesetas. El director perdió, en la total expresión literal de la palabra, “el culo” en salir a recibirme. Me invitó a un café entre halagos y agasajos por la cuenta creada y al averiguar quién era yo intentó que traspasara parte de mi fortuna a su oficina.

Llegué a un acuerdo con él, en realidad es lo que pretendía, a la vuelta de la gira que tenía prevista abriría una cuenta con una sustanciosa cantidad de dinero siempre y cuando siguiera a rajatabla mis instrucciones.

—Señor Soto, este humilde servidor hará lo que usted le pida, estoy aquí para servirle.

¡Patético!

—Bien, Matías —dije al director de la sucursal—. Las titulares de la cuenta que acabo de abrir no deben saber nunca quien ha realizado el ingreso.

—No se preocupe, señor Soto. Nunca lo sabrán.

—¡Matías, no me llames de usted por favor! Te voy a dejar este resguardo de la lotería primitiva que saldrá el jueves y lo depositas en una caja de seguridad, pero antes me vas a firmar este documento donde pone que lo recibes y te encargarás de lo que te he encomendado.

—¡Por supuesto, Jorge!

—El viernes lo abres y compruebas los resultados, si está premiado lo ingresas en la cuenta que acabo de abrir y sea cual sea la cantidad del premio yo te voy a pagar medio *kilo* por esta pequeña gestión.

—Jorge, lo hago de mil amores, pero no podemos recibir dinero de nuestros clientes.

—¿Quién es el gilipollas que ha podido decir eso? Además, yo no soy cliente tuyo, soy un amigo que te presta una cantidad que deberás devolverme dentro de, digamos, muchos años.

—No sé...

—Medio *kilo*, Matías.

—Dame el documento y el resguardo —dijo Matías con bastante prisa.

—Y ya sabes, nadie sabrá nunca el origen del dinero.

—Ya, Jorge, lo que ocurre es que las titulares tienen que pasarse por aquí para firmar la apertura.

—Eso déjalo de mi cuenta, quiero seguir dándoles algunas sorpresas. Vamos a tu despacho que tengo que hacer algunas llamadas y toma, te entrego ya el cheque por medio millón de pesetas para que lo cobres el viernes.

—¡Pero si aún no ha sido el sorteo!

—¡Da igual, me has caído bien! Aunque no salga premiado acabas de ganar medio *kilo*.

Creo que este hombre ya debe estar pensando cosas raras de mí, pero con medio millón en su poder estará deseando que aparezca muchas veces en su vida. Me senté en su sillón y comencé con mis llamadas.

—¡Raúl, buenos días! Soy Jorge, quiero que cambies la titularidad de mi casa del Retiro a nombre de Luisa Mendieta Sánchez.

—¿Estás loco? —dijo Raúl gritando.

—Tú hazlo, Raúl.

—¿Quién es esa Luisa Mendieta?

—¡Una mujer!

—¡Toma, no va a ser un enano! ¡No te jode!

—Es una amiga de toda la vida y quiero resolver su futuro, será una eminencia y hay que ayudarla bastante

—¿Ahora vas de mecenas?

—Sí, pero tienes que hacerlo de forma que no sepa nunca que yo he intervenido.

—¿Y cómo quieres que lo haga? Tendrás que firmar en el notario.

—¡*Capullo!* El piso está a nombre de la fundación y tú eres el administrador, céntrate un poco.

Colgué el teléfono, no me apetecía tener que darle más explicaciones a Raúl sobre la operación que estaba llevando a cabo. Marqué otro número en el teléfono.

—Ministerio de Agricultura, buenos días.

—Buenos días, señorita. Necesito hablar con Rosa Sánchez, por favor.

—¿Sí, dígame?

—Buenos días, ¿Rosa Sánchez?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Soy Matías García, el director de la sucursal de la avenida Menéndez Pelayo.

Matías movía los brazos y su cara negando lo que yo estaba haciendo mientras me decía casi susurrando: «Ramírez, no García, me llamo Matías Ramírez».

—¿Qué desea? Yo no tengo cuenta ahí.

—En realidad sí, Rosa. La Fundación Española de Antropología acaba de abrir una cuenta a su nombre y a nombre de doña Luisa Mendieta, que según me han informado es para que continúe con sus estudios y pueda desplazarse a Estados Unidos para completarlos.

—Eso no será una broma, ¿verdad?

—No, señora. No es una broma, es más, deben pasarse por aquí las dos para firmar, como titulares, el contrato de apertura correspondiente y que puedan disponer de los fondos.

—¿Cuándo tenemos que acercarnos?

—Si desean venir esta misma tarde yo mismo las estaré esperando.

—Pues, no sé qué decir, muchísimas gracias.

—No tiene que decir nada. Sólo vengan y firmen.

Colgué el teléfono satisfecho y la cara de Matías me hizo soltar una carcajada.

—¿Qué te pasa, Matías?

—¿Qué me pasa? Has concertado una cita con un cliente fuera de hora y yo ya había quedado esta tarde para salir con mi esposa.

—No te quejes tanto, por medio millón es lo menos que puedes hacer y estoy seguro que tu esposa estará de acuerdo cuando vea el saldo de vuestra cuenta. Y Matías, piensa que esta noche triunfas ¡Seguro!

No puedo contaros lo que ocurrió cuando Luisa y su madre fueron al banco, no estuve presente; pero Matías me puso al corriente con pelos y señales.

—Buenas tardes, ¿Rosa Sánchez y Luisa Mendieta?

—Sí —dijo Luisa—, ¿puede explicarnos la llamada que ha recibido mi madre esta mañana?

—Por supuesto, señorita. Tal y como les dije la Asociación de Astrología...

—¡Disculpe, usted! —dijo Luisa— ¿Asociación de Astrología?

—¡Vaya despiste por mi parte! Es que tengo varias asociaciones como clientes y me he ido de una a otra, la suya es... —tuvo que revolver entre los papeles de su mesa hasta que encontró la nota que le dejé— ¡Aquí está! La Fundación Española de Antropología.

—¿Cuál de ellas? ¡Esa no me suena! —dijo Luisa.

—¿Asociación Española de Antropología y Odontología Forense? —dijo Matías temiendo que se estaba metiendo en un buen lío.

—Esa asociación no existe —dijo Luisa.

—Existe, créame, y si no estoy seguro que mañana mismo existirá —dijo casi en un susurro y sujetándose la cabeza con ambas manos, por dentro me maldecía una y otra vez por el *marrón* donde le había metido.

—¡Bueno! —dijo Rosa— ¡dejad las asociaciones esas y cuéntenos para que estamos aquí!

—Pues eso, Rosa, lo que le dije esta mañana por teléfono, que se han depositado unos fondos para que su hija continúe los estudios. Deben firmar en estos impresos y ya pueden disponer de ellos a su antojo.

—¿Y por cuanto han becado a mi hija?

—Quince millones de pesetas —dijo Matías.

A la pobre Rosa casi le da un infarto allí mismo y la cara de sorpresa y alegría de Luisa fue tremenda; aunque poco a poco fue cambiando y miraba de una forma que le ponía muy nervioso.

Firmaron encantadas los impresos y salieron de la oficina dándose abrazos y besos. En la calle se fundieron en otro fuerte abrazo que duró casi cinco minutos, eso sí que lo vi en persona, estaba dentro del bar que había justo en la puerta de la sucursal y desde allí pude escuchar los llantos de Rosa y como Luisa intentaba calmarla.

—No sé qué es esa fundación, hija, ni tengo idea de la persona que está detrás de ella; pero es un ángel.

—O un verdadero hijo de puta, madre.

—¡Hija, no seas así! Vas a conseguir tu sueño.

—Tranquila, mamá, es una forma cariñosa de hablar.

—¡Pues cuida tu boca! Yo no te he enseñado esas palabrotas que no deben estar en la boca de una señorita.

No estoy seguro si esta noche podrá dormir alguna de las dos con la emoción del día, pero espero que descansen porque mañana les espera otra sorpresa.

Raúl se encargaría de llamarlas sobre las ocho de la tarde y quedaría con ellas en el piso del Retiro, donde les haría entrega de la vivienda y después se marcharían al despacho del notario para formalizar las escrituras.

Aún faltaban algunos días y yo tenía pensado regresar para comprobar que todo estaba saliendo de acuerdo con mi plan y que esta vez no hubiese ninguna fractura.

Tres días después estaba reunido con Julián, mi editor, ultimando los detalles de la presentación de la novela en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, había enviado infinidad de invitaciones y organizado un catering con una empresa demasiado cara; pero, según él, la mejor de todas. Aún le quedaba la duda de qué personaje de renombre me acompañaría en la presentación; pero mi cabeza estaba en otro lugar, tenía que contactar con urgencia con Raúl y Matías para organizar un pequeño cambio en la entrega del piso del Retiro.



Julián seguía sin dar con la persona adecuada para la presentación de la novela y le sugerí que llamara a ese actor tan famoso que acababa de estrenar una película que estaba teniendo muy buena taquilla. Ahora mismo no recuerdo su nombre, pero aceptó encantado. Todo por la publicidad de uno mismo.

Después de agotar casi toda la mañana con Julián, pedí a su secretaria que llamase por teléfono a mis dos directores de banco preferidos y los citaré para comer en *Wendy's*, el Burger que estaba en Plaza de España.

Los tres engullíamos las hamburguesas mientras comentábamos la salud de Tierno Galván, por aquel entonces alcalde de Madrid; al parecer, se había caído en el baño de su casa el día anterior y habían vuelto a ingresarle en la clínica.

—Este hombre no levanta cabeza —dijo Raúl.

—Es una pena, me cae bien ese tío —dijo Matías.

—Bueno, hay opiniones dispares —dije—, para unos es buena persona y para otros no; pero al final, a rey muerto rey puesto.

—¡Joder, Jorge! ¡Pero que insensible eres! —dijo Matías después de dar un trago a su vaso de cerveza.

—No es que sea insensible, Matías.

—Pues lo pareces, tío —dijo Raúl.

—Dejemos el tema. Matías, ¿has traído el resguardo?

—Sí, lo tengo aquí. La verdad es que no entiendo nada, primero me lo das y ahora...

—No hay nada que entender —dije— ¡dámelo!

El pobre Matías me entregó un sobre con lo que le había pedido y se levantó a pedir otra cerveza.

—¿Qué te traes entre manos, Jorge? —dijo Raúl.

—Cambio de planes, no quiero que llames a Luisa.

—¡Eso me parece bastante sensato! No me gusta la idea de que vayas regalando pisos a todas las mujeres que vas conociendo.

—El piso será para Luisa; pero en otro momento, la cosa ha cambiado y tengo que reconducir mi plan.

—¿Tu plan? ¡Joder, Raúl! Cada vez que me hablas de esa paranoia tuya me quedo hecho polvo.

—Aunque te lo explique, nunca podrías entenderlo; hay cosas que se nos escapan a todos. Es mejor que lo vayas descubriendo poco a poco, todo a su tiempo.

—¡Eso, encima te pones enigmático! Siempre me has subestimado, Jorge.

—No pienses eso de mí, si llegases a saber la verdad tu inteligencia no podría asimilarlo y te quedarías tieso.

—¡Te acabo de cazar, tío!

Me quedé perplejo, ¿qué me acababa de cazar? ¡Si nunca he dejado un cabo suelto! Se acercó a mí y mirando para ambos lados me habló casi en un susurro:

—Es tu nuevo libro, ¿verdad? Estás poniendo en práctica una escena para ver como reaccionamos. Eres grande, tío. Tienes que contarme de que va, las novelas de misterio y espías son lo mío. Podría ser uno de los protagonistas en alguna de ellas.

—¿Un director de una sucursal bancaria de Madrid metido en líos de espionaje? —dije tomando un gran respiro al ver como Raúl se iba por las ramas

—Si a este le vas a meter en una de tus novelas, yo no me quedo fuera —dijo Matías llegando con tres cervezas.

—No es mala idea, Jorge —dijo Raúl— ¿Imaginas?

—Sí, ¡los salvadores del mundo!

Acabamos riendo a carcajadas y durante el resto de la comida tuve que aguantar las estrambóticas ideas que se les ocurrían para que montara una historia basada en ellos. Lo que nunca llegarían a saber es que uno de mis libros, por cierto, de los más vendidos, fue la rocambolesca historia de dos directores de banco, con la diferencia que nunca salvarían al mundo; más bien, más bien será mejor que deje que lo leáis.

La comida estaba siendo muy agradable y divertida, pero todo tiene su fin y cada uno de nosotros tenía cosas que hacer. En concreto, yo tenía que volver al despacho de Julián para ultimar, de una vez por todas, la presentación de la novela.

Cuando llegué a su oficina, Silvia, su secretaria, me avisó de que estaba con un famoso, así que preferí esperar fuera con ella charlando de todo un poco.

Silvia llevaba trabajando con Julián dos años, era una chica estupenda en todos los sentidos. Tenía un cuerpo de escándalo y tuve la suerte de disfrutarlo en un par de ocasiones. No sé por qué a todo el mundo le da por decir que no tengo vida social cuando me he acostado con la mayoría de las mujeres que pululan a mí alrededor.

Siempre me quedará la duda de si se han acostado conmigo por ser quien soy o porque en la cama las dejo con ganas de repetir. Prefiero pensar en lo último y dejar mi ego en el lugar que le corresponde como hombre y si es por lo primero, al menos disfruto con los encuentros.

La conversación con Silvia estaba ya llegando a un punto de cita inminente cuando Julián salió del despacho a por unos papeles y eso me libró. Mientras Luisa estuviera de por medio no tenía ninguna intención de salir con otras mujeres.

—Jorge, me alegro que hayas llegado, pasa que te voy a presentar a alguien —dijo Julián.

Mi editor era incansable, si algo le interesaba no paraba hasta conseguirlo, con quien estaba reunido era José, el actor que le había comentado por la mañana.

—No sé si os conocéis —dijo Julián.

—Nunca he hablado contigo en persona, Jorge. Es un placer conocerte —dijo José.

—Lo mismo digo.

—Antes de comer me ha llamado Julián para contarme tu propuesta de estar contigo en la presentación de tu novela y, chico, me ha parecido una idea genial.

—Me alegro que estés interesado —dije—, creo que puede ser una buena publicidad para los dos. ¡Por cierto! He disfrutado mucho con la película, una obra maestra.

—Gracias, Jorge. Se nota mucho la mano de Fernando en la dirección ¡Bueno, os dejo ya! Me llevo la novela para hacer los deberes y allí estaré contigo.

—Gracias. Allí nos veremos.

—Pero por lo menos dedícamela antes de irme, ¿no?

—¡Por supuesto!

Cumplí con el rigor y mi obligación de escribir una dedicatoria especial para la persona que iba a presentar mi novela y con el que tuve el enorme placer de coincidir después muchas veces con él.

Con todo decidido me despedí de Julián y al recoger mi abrigo y pasar junto a Silvia me recordó lo que habíamos hablado sobre quedar a cenar, con elegancia supe escaquearme poniendo como excusa un viaje a Barcelona. No lo encajó bien, pero cuando terminara de arreglar el tema de Luisa se lo compensaré con creces.

El frío que estaba haciendo era terrible, iba encogido, con la cabeza hundida en los hombros y la solapa del abrigo intentando cubrirme todo lo que pudiera.

—¡Qué pasa, *colega*!

Estaba muy cerca del portal de mi casa y me di la vuelta para ver quien me saludaba. Con esto no contaba.

—¿Tienes un *piti*?

—¡Hola, Teo! No fumo ¿Qué haces por aquí?

—¡Así que aquí tienes tu *kely*! —dijo Teo.

—Por aquí anda mi casa, sí. ¿Quieres algo?

—Quiero que dejes en paz de una puta vez a mi *piva*.

—¿A Luisa? Yo no tengo nada que ver con ella, Teo.

—Pues ni te acerques, *atontao*. La Luisa es mía y como te vea cerca de ella a lo mejor te buscas un *marrón*.

—Puedes irte tranquilo, no te la voy a quitar.

—¡Que no es quitar, payaso, que no te enteras! Es que como alguien me diga que la miras vengo *a tu kely* y te inflo a hostias, ¿te enteras?

Parece que Teo ha debido enterarse que Luisa y yo nos vimos hace unos días y como buen macarra machista que es no admite que nadie mire a su novia. Me da la sensación que los dos tenemos un problema, de momento no puedo alejarme de Luisa y tendré que verla más a menudo y él tendrá que tragar con la situación; lo que no sé es como Luisa lo va a solucionar, espero, por el bien de Teo, que éste no cometa ninguna tontería. La cosa no está para que vaya incordiando y altere mis planes.

—¡Mira, Teo! No tengo ni idea de lo que pasa por tu imaginación. Luisa y yo nos conocemos hace mucho tiempo y no ha pasado nada entre los dos.

—¡Que te *pires, mandriles!*

La frente de Teo intentaba tocar la mía, la situación tenía un toque grotesco porque yo le saco media cabeza y verle con los brazos abiertos y de puntillas tratando de intimidarme y con la punta de la lengua asomando por sus apretados labios me resultaba, cuanto menos, gracioso. En un acto reflejo le aparté con una mano; pero Teo estaba muy cabreado y me soltó un señor puñetazo en el estómago que hizo que me encogiera hasta tocar con mi cara las rodillas. Tuve que toser dos o tres veces y casi me dan ganas de vomitar, me había dejado sin aliento. Puse las manos en el suelo y le miré.

—¿De qué vas, Teo?

—Ya tienes la primera, no me busques.

Se dio la vuelta y se fue, algunos transeúntes se acercaron para ver cómo me encontraba y Ramiro, el portero de mi casa, se acercó corriendo hasta mí.

—Señor Soto, ¿se encuentra bien?

—No, Ramiro, no me encuentro bien.

—Deje que le ayude a levantarse.

Me apoyé en él y me acompañó hasta mi piso entrando conmigo para ayudarme en lo que necesitara.

—Gracias, Ramiro, ya me encuentro mejor.

—Si lo desea puedo llamar a la policía.

—No, Ramiro. Déjalo estar, ahora necesito relajarme un poco y todo olvidado.

Se marchó de mi casa casi a empujones, insistía en quedarse conmigo o en mandar a su mujer para que me acompañara y me hiciera un caldo caliente; cómo si un caldo me pudiera quitar el dolor corporal y el del amor propio que en esos momentos sentía.

No me iba a costar mucho descansar esa noche, un golpe en el estómago no tarda mucho en desaparecer; pero tenía que eliminar de la ecuación a Teo sea como fuere. Antes de acostarme decidí llamar a Luisa y probar suerte invitándola a comer al día siguiente.

—¿Luisa?

—¿De parte de quién?

—¿Rosa?

—Sí, soy yo, ¿quién eres?

—No creo que se acuerde de mí, soy Jorge, fuimos vecinos hace años.

—¡Jorge! ¿Pero cómo no me voy a acordar de ti, hijo? Cuanto siento lo de tus padres.

—Muchas gracias, eso fue hace muchos años.

—Ya, hijo, lo sé; pero yo me llevaba muy bien con tu madre, es una pena que un accidente nos cambie la vida.

«¿Quién es, mamá?», escuché de fondo mientras hablaba con Rosa.

—Es para ti ¡Jorge! Bueno, Jorge, te paso con Luisa, me ha alegrado mucho oírte, a ver cuándo te pasas por casa y nos contamos algo.

—Espero que sí, Rosa. Un beso.

Luisa no tardó en ponerse al teléfono.

—¡Hola, Jorge! ¿Cómo estás?

—Bien, quería invitarte a comer mañana.

—¿Seguro?, la otra noche no acabó muy bien.

—Sí, mujer, estoy seguro. Te prometo que hablaremos de todo, tengo cosas que contarte.

—Vale, ¿dónde te viene bien?

—¿Te apetece un argentino? Conozco uno muy bueno en Malasaña.

—Me apetece ¿Dónde quedamos?

—¿A las dos en la estación de metro de Noviciado?

—Estupendo, Jorge. Allí te veré, un beso.

Luisa colgó el teléfono y yo me quedé un rato más escuchando el intermitente sonido que emitía, entre pitido y pitido me parecía seguir oyendo la voz de Luisa y me recreaba imaginando su sonrisa, su olor, sus besos; la fiera que se desataba en la cama cuando tomaba el control y se subía sobre mí. Colgué con rapidez, mi intención era descansar, amanecer fresco en mi cama y no empapado en sudor y lo que no es sudor.

## 7. La milonga

Raúl me llamó muy temprano a casa, aún estaba acostado y quería que fuese rápido al banco. Una hora después estábamos sentados tomando café en nuestro bar habitual. Había recibido una llamada de la central y le habían pedido los extractos de mis cuentas desde que las abrí y todas mis inversiones; al parecer el Ministerio de Hacienda estaba investigando sobre mis bienes. Como es obvio le di permiso, no tengo nada que ocultar ni a Hacienda ni a nadie.

—¿Estás seguro que no te van a pillar en ningún *marrón*, Jorge? —dijo Raúl bastante intranquilo.

—Seguro, Raúl. No tengas problema, no hay nada raro en mis cuentas.

—Es que me ha, contado que estás blanqueando dinero de tus operaciones en el extranjero, de las ventas de tus libros y que compras lotería premiada.

—¡Pero qué tontería! —dije riéndome.

—Yo estoy acojonado, Jorge.

—Te vuelvo a decir que no tienes por qué preocuparte. Los derechos por las ventas de mis novelas en el extranjero pagan con puntualidad sus impuestos, el dinero está fuera y por supuesto que no pienso traerlo, donde se venden mis libros se queda el dinero.

¿Y tus operaciones de bolsa? ¿Y las inversiones inmobiliarias? —dijo Raúl que seguía muy nervioso.

—En lugar del café te voy a pedir una tila para que te relajes. No hay nada ilegal, pueden investigar lo que quieran ¿Que me ha tocado varias veces la lotería? Pues sí ¡qué le vamos a hacer! Para eso me apodaste “el hombre con una flor en el culo” —dije riendo para relajar a Raúl.

Eso me hizo pensar que el resguardo que tenía en mi cartera no debería de moverlo aún y esperar a que los de Hacienda se relajaran un poco, si ingreso hoy casi doscientos millones se podría armar muy gorda.

Tal vez no debería haber hecho mi fortuna a base de conseguir premios de

la lotería y haber enfocado el tema del dinero desde otro punto. Ahora no hay marcha atrás, ya lo resolveré más adelante.

Se me había echado el tiempo encima y me despedí de Raúl, quería comprar un regalo para entregárselo a Luisa en la comida; así que me acerqué a la floristería que conocía en el barrio de Malasaña.

Tardé más de la cuenta en elegir las flores que iba a regalarle, no terminaba de decidirme, en mis novelas era muy fácil, elegía cualquiera y mis protagonistas femeninas siempre quedaban entusiasmadas; así que me deje asesorar por la dependienta que preparó una docena de rosas rojas junto con alguna que otra variedad de diminutas flores de las que soy incapaz de recordar su nombre. Y así salí de la tienda, cargado con mi ramo y un pequeño marco de plástico para fotos que me había regalado la servil dependienta.

Me acerqué por el restaurante y dejé a Mariló, la dueña, el ramo para que lo entregara; ella misma se encargaría en persona, me dijo, y me lanzó un guiño de complicidad asegurándome que íbamos a disfrutar de la comida y nos sorprendería con algún “directo”.

Era una mujer muy extrovertida, siempre estaba riendo y su acento argentino te dejaba la sensación de estar escuchando una canción mientras hablaba. Ya entrada en la cincuentena, Mariló se conservaba de maravilla, cuando se marchó al interior de local no puede evitar lanzar una mirada, andaba sobre sus enormes tacones como si fueran parte de su cuerpo, provocando un bamboleo en sus caderas que agitaban el borde de una ceñida falda, algo más ancha a la altura de las rodillas, pero tan ajustada a la cintura y los muslos que obligaba a sus piernas a caminar cruzándolas una delante de la otra.

Me obligué a mirar el reloj del restaurante para evadirme de Mariló y al comprobar la hora me fui rápido a buscar a Luisa, no quería hacerla esperar y lo conseguí, cuando llegué aún no había aparecido, pero por los pelos, porque ya subía por las escaleras.

A Luisa le encantó el lugar y tuvo una pequeña y amena charla con Mariló mientras recogía nuestros abrigos, estaba preciosa y fiel a su estilo, pelo suelto y nada de maquillaje, sólo la raya de los ojos y ese tentador color rojo de sus labios; lucía un ajustado vestido negro con un amplio escote que embellecían aún más, si cabe, aquel lugar que alimentaba el deseo de cualquier hombre.



—¡Este sitio está genial, me encanta! —dijo Luisa con su eterna sonrisa.

—Pues prepárate para una exquisita comida.

El camarero del local nos sirvió las copas de vino y con un simple: «por nosotros», Luisa brindó conmigo; al momento comenzó a sonar el tango *Casas Viejas*, interpretado por Mariló y Óscar, su marido; preciosa interpretación con la que nos transportaron a esos maravillosos locales de Buenos Aires con aire porteño y donde siempre suena la milonga y el tango.

Cuando terminaron, Luisa aplaudió encantada y me comentó lo agradable del lugar, cuanto le gustaba y lo simpática que le había caído Mariló sin percatarse que ella se estaba acercando a la mesa.

—Me alegro que te haya gustado, Luisa —dije.

—Y espero que esto te guste aún más —dijo Mariló.

—¡Son preciosas, Jorge! Me encantan las rosas.

—Si me permitís, voy a dar orden para que os sirvan la comida —dijo Mariló retirándose.

—Nunca en la vida me habían regalado un momento como este —dijo Luisa.

—¿Nunca te han regalado flores? —dije.

—¡Claro que sí, tonto! Me refiero que es la primera vez que un hombre me invita a comer y me regala flores.

—Pues entonces tendremos que revisar tu lista de amigos, eso es imperdonable.

—Podemos empezar cuando quieras —dijo Luisa alzando su copa para brindar y con un brillo en sus ojos que me produjo un escalofrío en mi espalda.

El camarero se presentó en la mesa con la ensalada que iba a acompañar la generosa parrillada que nos habían preparado y hasta los postres dejé que Luisa hablara sin parar poniéndome al día de su vida.

—¿Y ahora tú, Jorge? ¡Cuéntame cosas! Quiero saber cosas de ti desde que abandonaste Aluche.

—Luego, ahora me toca brindar a mí —dije.

—¿Por qué quieres brindar?

—Me gustaría hacerlo por ti, en primer lugar, y después porque tu vida

sea como te la mereces.

—¿Y cómo sabes tú la vida que me merezco?

—De eso quería hablar contigo, Luisa.

—Me has dejado en ascuas, Jorge.

—Me gustaría que te movieras en el ambiente en el que estoy, que conozcas gente de mi entorno.

—Eso me gusta.

—No interpretes mal mi ofrecimiento, Luisa.

—¿Qué quieres decir?

—Verás, casi no sabes nada de mí...

—¿Eres algún tipo de obseso con ideas raras? —dijo riendo y con picardía.

—¡No, mujer!

—Sé que eras un buen chico, que te marchaste de casa muy joven y que el éxito te acompaña en tu vida.

—En cierto modo sí, no puedo quejarme. Soy un hombre al que le ha acompañado la suerte estos años, tengo varios negocios y soy escritor.

—¿¡Escritor, tu!?! —dijo Laura abriendo sus ojos.

—Sí, soy escritor, ¿tanto te extraña?

—¡No! —dijo con una sonora carcajada— No es que me extrañe; pero no te veo en plan bohemio y enclaustrado en algún ático *progre*.

—No soy ningún bohemio, pero mi orgullo se está sintiendo herido, ¿nunca has leído nada mío?

—Tengo que reconocer que uno de mis defectos es que leo poco, pero te prometo que compraré tu libro y lo leeré con ganas.

—No hace falta, yo te los regalo y con dedicatoria.

—¿Los? —preguntó.

—Sí, en unos días presento mi cuarta novela.

—¡Arrea, chico! ¡Sí que te cunde eso de escribir! ¿Y cómo lo compaginas con tus negocios?

—Soy una persona muy organizada.

—¿Así que quieres meterme en el mundo de la literatura?

—No, tampoco es eso, Luisa. El otro día me comentaste que habías terminado Antropología.

—Sí.

—Esa carrera no tendrá futuro en España hasta dentro de muchos años, si es que llega a tenerlo —dije.

—Cuando me matriculé en ella pensé que tendría más relación con la Arqueología, pero me gustó bastante y la terminé sin plantearme nada más.

—Ahí quiero llegar, quiero que te plantees continuar tus estudios; aunque sea fuera de España.

—Eso es muy caro y no me lo puedo permitir, Jorge.

—Con un poco de esfuerzo y algo de ayuda se puede conseguir todo, Luisa.

—Jorge, ¿por qué lo haces?

—Porque me gustaría darte la vida que mereces, ya te lo dije antes.

—Pues te lo vuelvo a preguntar ya que no me has contestado antes. ¿Cuál es la vida que merezco y qué interés tienes tú?

—Te mereces una vida lejos del barrio, vivir en un buen ambiente, a gusto, triunfar, tener éxito, ser feliz.

—¿Quieres ser mi Pígalión?

—¡Por favor, Luisa! No tiene nada que ver.

—Hasta hace poco no me había planteado irme del barrio, soy feliz con la gente que está a mí alrededor.

—Y Teo, ¿es el hombre de tu vida?

—¿Lo eres tú acaso?

La conversación no derivaba por el camino que yo tenía previsto, lo estaba enfocando mal. Luisa se había puesto en guardia y tenía que dar un giro a la situación.

—¿Te importa si continuamos charlando mientras damos un paseo, Luisa?

—¡Claro que no! Necesito un poco el aire fresco.

Pagué la cuenta y nos fuimos a despedir de Óscar y Mariló que estaban entretenidos en la barra del local. Mientras esperaba el cambio, Luisa y Mariló mantuvieron una charla algo alejada de nosotros, Mariló me miraba de

vez en cuando con ningún disimulo por su parte.

Al pasar delante de ella para alcanzar la salida me dijo casi susurrando: «o afinas o te quedas sin ella, *pavo*». ¡Cómo decirle que mi intención no es enamorarla sino hacer que se aleje de mí!

Caminamos durante un rato sin rumbo fijo y sin que ninguno dijera nada, con las manos en los respectivos bolsillos de nuestros abrigos. Luisa se alejó de mí un momento hasta un puesto de venta de periódicos que había en la plaza y compró un paquete de cigarrillos.

—No sabía que fumaras —dije.

—Casi nada, de vez en cuando ¿Tú me has ingresado dinero en un banco?

—¿Cuándo los has sabido?

—Creo que desde el primer momento. No podía asegurarlo porque desconocía tu capacidad económica, pero después de lo que me has contado mis sospechas se han ido desvaneciendo.

—Querría haberlo hecho en persona.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Lo hubieras rechazado.

—¿Y qué te hace pensar que no lo voy a hacer ahora?

—Nada, Luisa. Puedes tomar la decisión que quieras y yo la aceptaré, pero piénsalo bien antes, es una oportunidad para ti.

—Abandonar a mi gente, a mi familia y marcharme a Estados Unidos para completar mis estudios. ¿Es eso lo que tengo que valorar, Jorge?

—Sí. —Mi respuesta fue escueta.

—Y tú, Jorge. ¿Dónde quedas?

—Luisa, sólo nos hemos visto tres veces después de siete años sin saber nada el uno del otro.

—¿Cuántas veces crees que tienen que verse dos personas para quererse?

—Una, me enamoré de ti la primera vez que te vi.

—¡Jorge, eso fue en el colegio! —dijo Luisa con una ligera mueca que quería parecerse a una sonrisa.

—Sí, éramos unos críos; pero en el instituto ya estábamos creciditos y seguía igual.

—Nunca me dijiste nada.

—Siempre estabas rodeada de la *creme* del instituto, los mejores tíos, los más guapos, los más fuertes y, reconócelo, los más macarras.

Ahora si acerté a sacarle una carcajada y su rostro tornaba al color habitual. Cerca de nosotros pasó un taxi y pude acertar a detenerlo antes de que pasara de largo.

—Acompáñame a un sitio y seguimos hablando allí. ¡Al Retiro, por favor! —dijo al taxista.

—Jorge, hace bastante frío para pasear por el Retiro.

—Tranquila que no vamos a montar en las barcas, te llevaré a un lugar donde estaremos bastante cómodos.

—¿Macarras? —dijo Luisa riéndose otra vez.

No tardamos mucho en llegar a nuestro destino e hice que Luisa me acompañara hasta la primera planta del edificio donde tenía mi piso. Abrí la puerta y dejé que lo contemplara y se paseara por su enorme salón hasta llegar a la gran cristalera que daba al parque.

—Es precioso, Jorge. ¿También es tuyo?

—Sí, es mí preferido, grande, espacioso y tranquilo.

—¿Y porque no te mudas aquí? —dijo Luisa.

—Está reservado.

—¿Lo has alquilado?

—No, está reservado para alguien especial, para ti.

Luisa se quedó sin habla, perpleja y sorprendida a la vez; durante un buen rato no supo que decir, se quitó el abrigo y se sentó en el sofá. Aproveché su desconcierto para preparar un ron con Coca Cola para los dos.

—Toma, creo que te sentará bien —dije.

—Estar contigo es como montar en una montaña rusa. Hay momentos en que no quieres saber nada de mí y otros que parezco tu puta, y eso sin haberme acostado contigo.

—Luisa ¿cómo puedes decir eso?

Se levantó del sofá y con calma se dirigió hacia el ventanal para volver a contemplar el parque mientras daba un sorbo a su copa.

—Jorge, a mí también me gustabas un poco, pero cuando te vi el otro día en el metro noté una sensación extraña, una alegría enorme de encontrarte y despertaste en mí lo que tenía olvidado; pero aún con más fuerza.

—No creo que yo sea la persona idónea para ti.

—Entonces, ¿quién? Teo no lo es y tú tampoco, ¿me vas a buscar también novio? No entiendo nada.

—No pido que lo entiendas, Luisa.

—Está bien —Luisa cambió de actitud y volvió a sentarse junto a mí, en el sofá—, habla, te escucho, cuéntame todo lo que me tienes preparado. Quiero ver dónde acaba todo esto.

—Soy una persona rica, con una considerable fortuna y que, por suerte o por desgracia, tengo que viajar con demasiada asiduidad; nunca estoy en el mismo sitio más de dos semanas seguidas.

—Están a punto de cumplirse desde que nos vimos por primera vez en el metro —dijo Luisa.

—Y me marcho en breve, tengo una gira para presentar mi último libro, París, Roma, Nueva York...

—Sí que eres importante, *tío*.

—¿No has estado nunca en una presentación? —dije.

—No te vayas por las ramas, Jorge.

—No me voy por las ramas ¡contesta! ¿Alguna vez has estado en París o Nueva York?

—No, nunca.

—¡Vente conmigo!

—¿Qué? No sé, me pillas fuera de juego.

Me estaba metiendo en un lío de los buenos, pero no podía desaprovechar la oportunidad de estar en esos lugares con ella, jamás habíamos estado allí y podríamos disfrutar de un mes de ensueño. Ya me ocuparía después de deshacer el entuerto.

—Vamos a disfrutar de algo nuevo, juntos. Te presentaré a mucha gente; carcamales, insoportables, creídos a los que puedes desmontar sólo con tu frescura. Hablaba sin parar, nervioso, excitado y contagiando a Luisa que reía sin parar.

—Jorge, tranquilízate un momento, deja que me lo piense, que hable con mi madre y con Teo...

—A Teo ya va siendo hora de que le den por culo.

Lo dije sin pensar y actué de la misma forma, puse mis manos sobre sus mejillas y miré a Luisa, se quedó seria y no sabría decir quién de los dos empezó, pero nuestros labios se buscaron.

Primero muy despacio, saboreando el momento, abriendo y cerrando nuestras bocas para terminar en dulces besos y leves mordiscos que llenaban de ansiedad nuestros cuerpos, hasta que no puede más y todo se convirtió en una lucha febril. Levantó su vestido y se sentó sobre mí mientras mis manos recorrían con urgencia su cuerpo en busca de la cremallera, sacó los brazos y deslicé la suave tela hasta unirla a sus muslos, dejando al descubierto sus pechos; tal y como los recordaba, libres, sin ninguna prenda interior que los sujetara.

Los tenía ante mí, a la altura de mis ojos, una visión maravillosa que no dejé de contemplar hasta que Luisa puso las manos sobre mi cabeza, en lugar de inclinarme, acerqué mis labios a los suyos para besarla de nuevo, esta vez con una furia desatada incapaz de detener nuestras lenguas, frené mi ímpetu y besé con dulzura su mejilla hasta llegar a su cuello. Mis manos no dejaban de acariciar sus pechos y mis dedos se posaban en los pezones, aprisionándolos.

Mi boca seguía besando su cuello mientras lo recorría con la lengua hasta llegar a su hombro, muy despacio bajé hasta el pecho, humedeciendo toda la piel que encontraba a mi paso hasta coronar en el pezón, duro, desafiándome a que lo comiera.

No tenía ninguna prisa y jugué con ellos, uno a uno, el tiempo que Luisa me permitió, daba vueltas en mi boca y lo aspiraba sin parar, tirando de él con mis labios mientras sus caderas comenzaban a moverse sobre mí.

—Tranquila.

—¡No puedo!

En un abrir y cerrar de ojos estábamos desnudos, apoyé las manos en sus caderas notando como su cuerpo bajaba hasta hacerme prisionero, una y otra vez. Gemía, me miraba, cerraba los ojos y volvía a gemir sin alterar el ritmo; pero el destino, cruel como siempre, me tenía reservado lo peor, demasiada excitación, demasiado deseo contenido; el fuego interno de Luisa pudo

conmigo y exploté entre juramentos mentales por la fatalidad.

—¡No pasa nada! No te preocupes, ¡sigue!

Con la misma fuerza con la que subí al cielo bajé al infierno y mi cuerpo se aflojó; Luisa, frente con frente, intentaba relajar toda la tensión y me besó con dulzura.

—No pasa nada —dijo otra vez.

El orgullo del hombre herido se apoderó de mí y golpeé con ambos puños los cojines sobre los que estábamos, mi temor de enfrentarme al primer encuentro se había cumplido. Luisa se separó de mí y se dejó caer en el sofá. Con un débil: «lo siento» me fui hasta el baño dejándola abandonada en el desolado salón de mi casa.

Estuve apoyado en una de las paredes del baño, maldiciendo y compadeciéndome una y otra vez hasta que escuché la puerta al cerrarse. La palma de mi mano golpeó sin piedad las baldosas de la pared.



## 8. Del hospital al smoking

Desperté desnudo, tal y como me dejé caer en la cama después de que Luisa se marchara. El sueño despejó mis sentidos y me puso a la altura en la que debería haber estado la noche anterior, cuando tiré por la borda el momento que estaba viviendo con ella.

Sin ni siquiera espabilarme ni tomar un café y sin pensar en si ella se había levantado o no, fui hasta el teléfono y marqué el número de su casa.

—¿Luisa?

—Sí, ¿cómo estás, Jorge?

—¿Ahora mismo? ¡Como un imbécil!

—Es lo que me esperaba —dijo Luisa.

—Quería disculparme contigo por lo de ayer.

—Si te oigo un solo reproche o excusa cuelgo el teléfono y no vuelves a verme en mucho tiempo.

—¿Y si no lo hago comerías hoy conmigo?

—Estabas tardando en invitarme, Jorge.

—¿Quieres que te recoja o quedamos en algún sitio?

—Lláname sobre las doce y te digo.

—¡Perfecto, luego te llamo!

—Un beso, Jorge.

—Un beso —dije antes de colgar el teléfono.

Me sentí mejor, después de recibir una buena lección de Luisa. Tenía mucho tiempo hasta las doce así que decidí bajar a desayunar y dar un paseo por el Retiro.

Llevaba sentado en un banco del parque bastante rato y me decidí a hacer algunas fotos con mi móvil. Seguí paseando con ganas de llegar a casa y llamar de nuevo a Luisa cuando detrás de mí escuché a alguien.

—¿Tienes un *piti*?

Antes de girarme ya sabía quién era la persona que me hablaba y la última vez que me hizo esa pregunta no salí muy entero de la charla.

—Sabes que no fumo, Teo.

—¿Y tienes hora?

Ahí estaba, escoltado por dos de sus *colegas*, con un cigarro en la boca y las manos dentro de su cazadora, la cabeza alta, con actitud chulesca y muy peliculero.

—Déjate de fanfarronadas, ¿qué es lo que quieres?

—Nada, *tío*, charlar con un *colega* que se pasa por el forro de los huevos lo que yo le digo.

—Teo...

—¡Ni Teo ni pollas!

Sentí un fuerte golpe en los riñones. Había venido con más amigos que yo no había visto. El dolor hizo que me arqueara y lo siguiente fue otro puñetazo en el estómago y algunos más en mi cara que no pude esquivar a tiempo. Me protegí el rostro como pude mientras seguía recibiendo golpes por todo el cuerpo.

Ni siquiera era capaz de sacar mis puños para intentar devolver algún que otro golpe, mi única obsesión era evitarlos. Recibí una patada en el muslo y caí de rodillas, todo el cuerpo me dolía, pero nada se pudo comparar con el rodillazo que Teo soltó en mi cara. Por suerte, la seguía teniendo cubierta con los brazos, pero el impacto fue tan brutal que me lanzó contra el suelo.

A partir de ahí la vista comenzó a nublarse y los vómitos hicieron acto de presencia. Llamadlo suerte o momento oportuno, me da igual, entre golpe y golpe escuché como gritaban:

—¡Los *maderos*, corred!

Intenté ponerme boca abajo y apoyarme en los codos, escupía sangre y estaba mareado; abrí los ojos y pude ver las botas de Teo.

—¡Me cago en mi puta madre! ¡Si te vuelvo a pillar con mi *piva* te rajó, cabrón!

Aún tuvo tiempo de despedirse de mí antes de salir corriendo, me dedicó su última patada cerca de las costillas que hizo que desistiera de levantarme

del suelo.

—¿Cómo se encuentra? —dijo uno de los policías.

—Jodido —dije entre tosidos y agarrándome con fuerza el estómago.

Pasé más de cuatro horas en urgencias donde intentaron recuperar mi maltrecho cuerpo; algunos puntos en una de las cejas; hielo para las contusiones y un sinfín de radiografías para determinar si tenía alguna fisura en el antebrazo y algún daño. Todo ello soportable gracias a los calmantes que me suministraron.

Algún diligente policía debió hurgar en mi cartera y encontró el número de teléfono de Raúl y éste, debió llamar a Julián; porque cuando abrí los ojos deseando que me inyectaran otra buena dosis de calmantes los encontré allí, a los tres; Mari también había acudido para interesarse por mi estado.

—¿Cómo estás, Jorge? —dijo Mari tocando mi frente.

Nunca he entendido esa manía que tiene todo el mundo por tocar la frente a un enfermo, como si pudieran descubrir que tiene fiebre, puedo comprenderlo si tienes una gripe o un gran catarro; pero ¡joder, me acaban de dar una paliza!

—No tan bien como tú, preciosa —dije.

—No los han pillado—dijo Raúl—. La policía dice que corrían como galgos y cada uno tiró para un sitio.

—Si te parece iban a quedarse para que los cogieran.

—¿Conocías a alguno?

—No, Raúl. No los había visto en mi vida. —Mentí.

—Fueron a robarte, Madrid está cada vez peor. Tanta permisibilidad con esos *yonkis* va a terminar con que se hagan dueños de las calles —dijo Raúl.

—No creo que fueran drogadictos, eran unos simples fulanos que querían algo de *pasta* y yo me negué.

—Eso es lo que nunca hay que hacer para que no te pase lo que te han hecho a ti —dijo Mari.

—¿Alguien sabe qué hora es?

—Casi las cinco —dijo Raúl.

Intenté levantarme entre un «joder» tras otro; pero parecía que tenía clavadas mil agujas bajo mis costillas.

—No quieras incorporarte tan pronto. Los médicos han dicho que hay que esperar hasta que nos den el resultado de las radiografías —dijo Mari.

—¿Os han dicho si tengo algo?

—De momento todo bien.

—Había quedado a comer con una chica, ¡me cago en la hostia puta!

—¿Con Luisa Mendieta? —dijo Raúl.

—Sí.

—¿La chica que estaba en la puerta? —dijo Julián.

—¿La has visto? ¿Dónde está?

—Cuando he llegado yo estaba terminando el follón y tengo la impresión que de atraco nada.

—¿Qué no ha sido un atraco, Julián? —dijo Mari.

—A este no se le escapa nunca nada —dije.

—Jorge, no puedes jugar con fuego y mucho menos antes de las presentaciones de tus novelas.

—Julián, solo piensas en tu editorial.

—Raúl, cuenta la movida —dijo Julián.

—Bajé a fumarme un cigarro y...

—¿Qué estabas fumando? —gritó Mari.

—Mari, por favor, déjale que hable y esta noche ajustas cuentas con él —dije conciliador.

—Pues eso, estaba en la recepción cuando una chica preguntó por ti, me di la vuelta para atenderla y entró un gilipollas, por lo que oí parecía su novio. Le dijo de todo menos guapa, la agarró del brazo y la llamó “puta” varias veces mientras la arrastraba fuera del hospital.

—¿Y nadie hizo nada? —dije.

—Un celador fue a intervenir y el tipo dijo algo que le asustó bastante y se apartó. Lo último que vi es que la dio un señor bofetón y se fueron en un “Simca 1200” que estaba aparcado en la puerta con tres de sus *colegas*.

—¡La puta hostia! —dije.

—O sea —intervino Julián—, que el señorito Jorge Soto se lía con una fulana que es la novia de un macarra y le ponen la cara del revés.

—No es una fulana, Julián.

—¡Y a mí que coño me importa quién sea! En menos de dos semanas saldrás en la televisión y en todos los periódicos, a ver como arreglamos esta historia.

—Ya se te ocurrirá algo y estoy seguro que sacarás beneficio de ello —dije a Julián intentando calmarle.

—Jorge, ¿te has *pillado* por una tía que tiene un novio pandillero? —dijo Mari.

—De esto que acabamos de hablar no se tiene que enterar la policía. ¿Entendido? He sido víctima de un atraco en el Retiro y punto.

—Cómo quieras, Jorge —dijo Raúl.

—Y ahora llamad a los médicos, me quiero ir a casa.

—Pues sintiéndolo mucho usted no puede marcharse hoy de aquí —dijo uno de los médicos del hospital entrando en la habitación.

—¿Pasa algo, doctor? —dijo Julián.

—Nada grave, no hemos visto ninguna lesión interna, ni costillas rotas; pero nos gustaría tenerle en observación hasta mañana, y si pasa una buena noche le daremos el alta.

—Mañana es domingo, doctor ¿Cómo va a darme el alta? —dije.

—Mejor para usted, así descansará más tiempo. Y por favor, las visitas tienen que marcharse ya, en un rato vendrá la enfermera y le pinchará otro calmante.

Mis tres amigos fueron abandonando uno a uno la habitación tras la marcha del médico deseándome una pronta recuperación.

—Raúl, espera. Quiero comentarte algo.

—No me putees, Jorge.

—Tienes que hacerme ese favor.

—Sé lo que me vas a pedir.

—No quiero que lo hagas tú, sólo averigua todo lo que puedas de él y de sus amigos. Vive en Aluche y se llama Teo.

Hasta el lunes por la tarde mi bendito médico no estuvo localizable para darme el alta y entretanto, tuve que soportar un día más la horrenda comida del hospital.

—En principio está todo perfecto, señor Soto.

—Me alegro una barbaridad que me lo diga, doctor.

—No tiene nada interno, solo le va a quedar el moratón del pómulo que se le irá en cuatro o cinco días.

—¿Y los puntos?

El doctor estiró la piel que tenía cosida y comprobó el estado del corte en la ceja.

—En diez días puede pasarse por aquí y se los quitamos, señor Soto.

—Estupendo, doctor, ¿puedo marcharme ya?

—Voy a pasar a limpio el informe y en cuanto que esté listo se lo hago llegar con una enfermera.

Este tío tenía ganas de seguir castigándome, no podía soportar un minuto más dentro de esa habitación; cuando salió busqué mi ropa y comencé a vestirme. Si aún podía renegar más del hospital tenía que pasar, la puerta de la habitación se abrió y entró el pastor alemán que tenía por enfermera con la bandeja y el agua de chicoria que querían colarme como café.

—Hasta que no meriende usted no se va de aquí.

—¡Hola, Jorge!

—¡Hola, Raúl! ¡Por fin algo bueno hoy! ¿Te apetece merendar?

—Claro, gracias.

«¡Todo para ti, hijo!» menudo alivio, el pastor alemán se quedaría tranquila conmigo.

—¿Me llevas a casa?

—¿Ya te han dado el alta?

—Sí, espero el informe. ¿Tienes lo que te pedí?

—En el coche.

Los amigos de Raúl habían hecho el trabajo bastante rápido y muy concienzudo, no tengo ni idea de quienes son y nunca se lo preguntaré. Si me hubiera ido esa misma noche a casa, ahora estaría como si no hubiera pasado nada; pero ha ocurrido y Teo no va a parar de dar por culo a Luisa durante muchos años.

—Jorge.

—Dime, Raúl.

—Ya tengo los resultados de la investigación en el Banco, han sido rápidos.

—¡Raúl, por Dios Santo, no dejes de mirar a la carretera mientras conduces!

—¡Vale, histérico! ¿No vas a perder nunca tu fobia a los coches?

—No tengo fobia a los coches, te la tengo a ti cuando conduces. ¿Qué tal con la investigación, más tranquilo?

—Pues sí, llevaba unos días que no podía ni dormir.

—Ya te dije que todo estaba en regla y que no te preocuparas, no soy ningún delincuente.

—No es eso, Jorge; es que cuando entra Hacienda de por medio acojona.

—Pues ya te puedes ir olvidando. En una semana me voy de España y quiero que cierres algunos temas.

—Menudo viaje, *tío*; París, Roma, Nueva York, ¿Cuántos días vas a estar fuera?

—Quizá no regrese hasta marzo.

—¿Qué es lo que quieres que deje cerrado?

—Cita a Luisa Mendieta y a su madre para darle la titularidad del piso del Retiro.

—¡Pero qué obsesión con esa mujer!

—¡Raúl!

—Vale, de acuerdo, ¿cuándo quieres que las cite?

—Si todo sale como tengo previsto, Luisa se marchará conmigo de viaje; intentaré que le firme un poder a su madre y la citas cuando estemos fuera.

—Si piensas llevártela de paseo tienes pocos días para solucionar el asunto del novio.

—No va a ser ningún problema, todo lo contrario.

—Me das miedo, *tío*.

—¡Anda, que hablas como en las películas! Déjame en esa esquina, ya cruzo yo la calle.

La tentación y las ganas pudieron conmigo, antes de subir a casa me

acerqué a un bar y pedí un café para resarcirme de la bazofia que me habían hecho tragar en el hospital y, en pleno delirio de sabor, descubrí el único donut que quedaba sobre la barra, me daba igual que no fuera reciente, ese era para mí.

Tras una larga ducha y dejar toda mi ropa en una bolsa para la tintorería me dejé caer en el sofá, aún estaba molido y sin darme cuenta me quedé dormido hasta el día siguiente. Me despertó el timbre del teléfono a las ocho de la mañana. Doce horas seguidas durmiendo me habían venido de perlas y me encontraba muy bien.

—¿Quién es?

—¡Jorge!

—¡Hombre, Julián! Es el primer día desde que te conozco que estás trabajando a tu hora.

—Es que tenía que localizarte urgente.

—Qué es lo que pasa.

—Tenemos que ir a Barcelona. Hoy.

—Si te pones así me voy contigo a donde tú quieras—dije riéndome—. Quedamos después de comer.

—¡Ahora, Jorge!

—¿Ahora? ¿Qué tripa se les ha roto en Barcelona?

—Se nos había pasado. Hay que renovar tu contrato y no quieren que coincida con la promoción. Coge un taxi volando, el avión sale a las diez.

Las diez, aún tengo tiempo de organizar una cosa antes de salir. Sin colgar el auricular marqué un número.

—¿Sonia?

—¡Hola, Jorge!

—Necesito un favor.

Sonia García era la propietaria de una tienda de moda femenina en la calle Serrano. Gracias a su marido conectamos muy bien y teníamos una gran amistad.

—¿Qué quieres, cielo?

—Un vestido negro, el más espectacular que tengas, zapato de tacón alto y los accesorios que quieras imaginar para la mujer más guapa de la fiesta.



—¿Dónde será esa fiesta?

—La presentación de mi nuevo libro, por cierto, ¿recibiste la invitación?

—¡Claro que sí! No te preocupes. Dime la talla y a ver si hay suerte y no hay que retocarlo.

—Mantendré un mensajero sólo para que vaya de su casa a tu tienda por si necesita arreglos.

—Ni lo sueñes, no pienso dejar uno de mis vestidos en manos de un motorista loco.

—Eres un encanto, Sonia. ¡Ah! ¿Por cierto? Incluye también algo de ropa interior, ya sabes...

—Eso corre de mi cuenta, deja que yo la escoja.

Aún me quedaba algo más por hacer antes de irme, escribir una nota:

*A la atención de la señorita Luisa Mendieta.*

*Don Jorge Soto, tiene el placer y el honor de invitarla al acto de presentación de su último libro el lunes, veintisiete de enero de 1986 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.*

*Se ruega vaya vestida con el precioso vestido negro que ha tenido a bien elegir para usted; desea que sea la mujer más hermosa de la fiesta.*

*Un beso. Estaré en Barcelona unos días, te veo en la fiesta.*

## 9. Noche de Harleys

*Sábado, 25 de enero de 1986*

Había “regresado” con una vieja amiga que estaba esperándome en el garaje de mi piso, mi flamante *Harley*. Me había vestido para la ocasión, vaquero negro, camiseta y mi *chupa* de cuero. Por supuesto no podían faltar mis botas con puntera remachada, esta noche me iba de caza, no sabía dónde iba a terminar; pero las paradas obligatorias las tenía en mi memoria y en el informe que Raúl me pasó.

Después de varias visitas aparqué mi *Harley* junto a un considerable número de ellas que estaban en la puerta de la sala que me quedaba por visitar. Entre por los reservados, demasiadas parejas metiéndose mano y alguna que otra *siniestra rellenita*, con el pelo cardado, hundiendo la cabeza entre las piernas de su pareja. «Estas tías estarían mejor en otro tipo de sala» pensé.

Me dirigí a la planta baja donde estaba la barra, pedí una cerveza y me quedé un rato mirando a la gran pantalla que tenían sobre el escenario, donde proyectaban vídeos de bandas míticas. Al rato estuve dando un paseo por toda la sala, igual que hice en las anteriores sin encontrar nada de lo que buscaba, así que me dirigí a los baños a liberarme de las cuatro cervezas que llevaba en el cuerpo. No sé cómo no se me quitaron las ganas, no pienso describiros nunca el escenario que tenía delante.

Al regresar de lo que allí llamaban baños escuché una voz conocida y que reía a carcajadas en la cabina del pincha-discos. Allí estaba, rodeado de sus fieles y pavoneándose delante de un par de rubias encajonadas en esas absurdas camisas de hombreras enormes.

Apoyé la espalda sobre una de las columnas y con las manos metidas en los bolsillos de mis vaqueros me quedé un rato contemplándolo, viendo como disfrutaba entre cigarrillo y cigarrillo y con una eterna botella de cerveza en la mano. Tardó un poco, pero al final me vio.

Vino hacia mí y se detuvo a menos de un metro con una actitud chulesca imitando a no recuerdo quién y me echó el humo de su cigarro en la cara.

—Hola, Teo.

—¿Qué pasa, *tronko*?

—Aquí, *privando* una birra.

—Me acabas de joder el rollo con esas *pericas*.

—Esas rubias no te pegan, Teo.

—Creo que mi última hostia te ha dado un *mal rollo*, *tronko*. ¿No deberías estar *apalancao* en tu *keo*?

—Sí, creo que estaría mejor en mi casa, y deja de echarme el humo en la cara, Teo, ya tengo bastante con el que hay en la sala.

—Mira, *colega*, déjame un par de *libras* para mis *colegas* y para mí y te vas a *emparanoiar* a tu *kely*.

—Mejor aún, Teo. Te voy a dar veinte mil que tengo en mi moto, te vas a Cuenca y te olvidas de mi cara.

—¿Qué es esto, un *rollo macabeo*?

—No es un rollo, te espero arriba.

Me di la vuelta y salí de la sala, tenía ganas de respirar aire fresco y era una pena porque el tema que acababan de pinchar era uno de mis preferidos.

Me senté en el sillín de mi *Harley* esperando a que Teo y toda su pandilla subieran, la posibilidad de volver a darme una paliza y llevarse por la cara veinte mil pesetas era demasiado tentadora para ellos. No tardaron mucho en llegar y esta vez sí que pude contar a todos, cinco en total. Me esperaba alguno más.

—Qué pasa, *tronko*, ¿te crees que por que nos des esa *pasta gansa* vas a seguir follando a la *piva del* Teo?

Ni siquiera me fijé en quién lo dijo.

—Mira, *tronko*, esta vez te voy a meter el puño hasta la campanilla, hijo de puta —dijo Teo.

Yo seguía sonriendo sobre el sillín de mi moto, esta vez no me iban a pillar desprevenido. ¡Ah! Se me olvidó deciros que antes de bajar a la sala llamé a unos amigos míos que estaban esperando fuera, apoyados en la pared del *Canci*, pasando inadvertidos para todos. Buena gente, grandes bebedores

de cerveza y locos por las *Harleys*. Si queréis a *heavies* de verdad tenéis que conocerlos.

—Oye, gilipollas, ¿a qué no tienes cojones a meterme el puño a mí?

Debería de haber hecho una foto de ese momento, Teo y sus amigos se dieron la vuelta y les cambió la cara, no es lo mismo patear a uno solo que enfrentarse a nueve bigardos de verdad. Esta vez no tuvieron tiempo de salir corriendo, el primer puñetazo se lo llevó Teo en la boca y estos pegaban de verdad.

El espectáculo se me hizo muy corto, no aguantaron nada y en unos minutos estaban tendidos en el suelo, escupiendo sangre y bañados en sus vómitos en el mejor de los casos. Ellos sí que pasarían tiempo en el hospital mientras les reconstruían sus mandíbulas.

—Aquí los tienes, Jorge, unos niñatos que no tienen ni media hostia entre todos.

—Gracias, Ramón.

—Si van por un *colega* nuestro, van por todos nosotros; no creo que vuelvan a acercarse a ti. ¿Qué quieres que hagamos con el jefecillo?

—Tiene que desaparecer, Ramón.

—¿Estás seguro? Eso es muy fuerte.

—Estoy seguro. Este tío va a seguir dando problemas toda la vida y lo quiero fuera.

—Pues entonces se viene conmigo a dar una vuelta por el Manzanares, esta noche los patos tendrán cena.

—¡Nos largamos, vienen los *maderos*! —dijo uno de los amigos de Ramón.

—Nos vemos, Jorge. Cuídate.

La noche se quedó sorda cuando las *Harleys* de Ramón y su gente rugieron y se pusieron en marcha rodando a toda velocidad para desaparecer antes de que llegase la policía.

Yo hice lo mismo, pero anduve conduciendo por la carretera de la Coruña hasta que la moto estuvo a punto de quedarse sin gasolina. No recuerdo cuantos kilómetros hice ni en cuantos locales nocturnos de moda me detuve para desconectar de lo que había sucedido.

Era la primera vez que estaba metido en un lío de ese calibre, jamás pude imaginar que mi obsesión con Luisa me indujera a matar a nadie; cada vez que lo recordaba veía la cara de Teo y la mía reflejadas en la visera del casco, señalándome con el dedo acusador e intentaba auto convencerme de que había hecho lo mejor.

Ese tío no era buena gente, acabaría dando golpes en algún que otro banco, moliendo a palos a Luisa y follando todas las noches con cualquiera de sus putas después de haberse puesto hasta el culo de coca y alcohol.

«Jugar a ser Dios es peligroso y te hace cambiar» me dijo Mei Ling, mi adorable anciana china. Todo estaba sucediendo como ella predijo, una y otra vez; pero nunca creí que en esta locura tuviera que morir nadie, ni siquiera un impresentable como Teo.

Un par de veces tuve que detener la moto y vomitar en la carretera, soy escritor y no encuentro las palabras para describir lo que se siente cuando mandas a alguien al infierno.

## 10. La gira

*Lunes, 27 de enero de 1986*

La calle estaba atestada de público y la policía hacía esfuerzos sobrehumanos para que el tráfico no se colapsara a su paso por el edificio del Círculo de Bellas Artes, con cierta dificultad pude avanzar hacia la puerta principal inundada de invitados y de curiosos.

Cuando conseguí entrar y llegar al Salón de las Columnas, Julián, mi editor, ya no se separó de mí en ningún momento. Rodeado de tanta gente “guapa” no paraba de respirar elegancia y naftalina, algunos acababan de desempolvar sus trajes y esmóquines; personajes caducos del arte y la literatura que no pueden faltar en ningún evento de esta clase.

Julián estaba henchido de satisfacción, auguraba otro éxito de ventas en España; pero yo no pensaba en el éxito de la velada ni en los libros que iba a vender allí, ni siquiera me preocupaba el tiempo que estaría firmando y dedicando ejemplares. Yo sólo pensaba en Luisa y no dejaba de mirar hacia la puerta para poder verla entrar.

Cómo en los cuentos que nos contaban de niños, de esos en los que la realeza organizaba un baile y una *Cenicienta* cualquiera hacía acto de presencia, como siempre hemos imaginado los románticos ver aparecer a nuestra amada; así llegó ella. Radiante, preciosa, elegante; tacón alto, vestido negro largo, liso, con los hombros y espalda al descubierto, portaba un pequeño bolso de mano que mantenía sujeto con ambas manos y cruzado sobre el bajo vientre y un leve adorno en su cuello, discreto, que se volvía bello sólo por llevarlo ella.

Miraba en todas direcciones, nerviosa por estar en un ambiente fuera de su rutina y buscando alguna cara conocida. Aún la abandoné unos segundos más para seguir disfrutando de esa visión. Dejé la copa que tenía en la mano y me dirigí hacia ella, muy pronto se dio cuenta de mi presencia y sonrió al verme, se miró el vestido y con la mirada buscó mi aprobación. Me acerqué a

su oído y susurré: «estás preciosa», añadí un leve roce de nuestros labios y dejé que me cogiera del brazo.

Agarrada a mí noté como iba ganando seguridad ante las miradas de todos los invitados a los que nos íbamos acercando y los flashes de los fotógrafos que cubrían el evento.

Julián, siempre en su papel, fue el encargado de presentarla al grupo de invitados con los que momentos antes estaba charlando. Primero se acercó a ella para besarla en la mejilla y con una gran habilidad le susurró: «soy Julián».

—Me gustaría presentarles a Luisa Mendieta.

—Gracias, Julián —dijo Luisa con complicidad.

—Es un placer conocerte, Luisa. Si llego a saber que una preciosidad así estaba invitada hubiese hecho desviar el taxi de Jorge —dijo José.

—Es muy agradable oír tus palabras, José. Soy una gran admiradora tuya y me alegré mucho al saber que presentarías la novela de Jorge.

—Luisa, te presento a Manuel, mi jefe y el artífice del “fenómeno Soto”.

—Un placer, señorita Mendieta.

—Luisa, por favor.

—Un pacer, Luisa. Veo que Jorge sabe escoger lo que le conviene.

—Y ahora que hemos hecho las presentaciones brindemos por la nueva novela —dije.

Sólo tuve tiempo de un sorbo de cava ya que tuve que atender las peticiones de muchos de los que allí estaban y de la prensa; de reojo miraba de vez en cuando a Luisa, nadando como pez en el agua, riendo y contagiando a todos los que le presentaban.

—¿Cómo puedo siquiera pensar en perder a esa mujer? Sólo con mirarla despierta en mí los deseos de su compañía y del placer.

—¿Te ha gustado entonces la película? —dijo José.

—Me ha encantado, disfruté mucho cuando la vi y reconozco que se me escapó alguna lágrima —dijo Luisa.

—El libro ya era una maravilla y Fernando es un director magistral.

—Tengo que reconocerte, José, que Laura me gustó más que tú —dijo Luisa entre risas.

—Un secreto, Luisa; a mí también me gusta Laura.

Julián se acercó a mí para rescatarme de la prensa y poder comenzar el acto, poco a poco todos los invitados se fueron desplazando a la sala de convenciones que estaba preparada para el evento. En el camino, Julián y yo fuimos hablando sin que nadie se percatase de ello.

—Sienta a Luisa delante.

—No hay sitio, Jorge. —dijo Julián.

—¡Búscalos!

—¿Y a quién quito?

—A cualquier político de esos.

—¡Lo que me pides es una putada!

—La putada sería que Luisa y yo nos marchemos ahora mismo de aquí y nos vayamos a tomar un bocadillo de calamares a la Plaza Mayor.

—¡Serías capaz!

—¿Lo dudas?

—No, no lo dudo. Ahora veré como me las arreglo.

Aguardamos unos instantes más a que el silencio se hiciera en la sala y dimos comienzo al acto, tan perfecto como siempre en su inicio, con el típico discurso de Julián hablando sobre la editorial, como me descubrieron, lo contentos que están conmigo; ya sabéis, sobada de hombro continua cuando les haces ganar dinero.

La intervención de José fue espectacular, en su línea, es una persona que se expresa con una claridad tajante y demostró que se había leído el libro porque hizo infinidad de alusiones a algunos de sus párrafos y los mezcló con divertidas experiencias suyas.

Por fin llegó mi turno, como siempre no me había preparado nada y noté como Julián sudaba temiendo que hiciera algunas de las mías; más aún cuando se dio cuenta que una azafata entraba en la sala con un micrófono en la mano.

—¿No abrirás turno de preguntas?

—¿Y por qué no? —le dije.

—Un día de estos me vas a provocar un infarto.

No tenía ninguna intención de destapar la caja de Pandora en esta ocasión, lo de la azafata y el micrófono fue una broma mía para ver nervioso a



Julián y, además, Luisa estaba presente y quería que disfrutara.

La presentación, como era de esperar, fue un éxito y aún quedaba por disfrutar de la fiesta que se había organizado en el Ritz. La noche llegaba a su fin y Luisa no parecía que tuviera ganas de terminarla. Me fui despidiendo de todos los invitados hasta que sólo quedamos los dos.

—Mañana empieza tu gira, un mes fuera de España.

—Sí.

—Mucho tiempo, Jorge.

—Hemos estado siete años sin vernos.

—Quiero pasar la noche contigo.

—No, Luisa.

Noté la cara de decepción de ella y como se mordía el labio inferior mirando al suelo. Tomé su barbilla y levanté el rostro para darle un suave beso en los labios, cerró los ojos y su cuerpo pedía más.

—Si lo haces por Teo, no te preocupes.

—No me preocupa, por cierto, ¿sabes algo de él?

—¿Importa?

—No.

—¿Por qué no quieres estar esta noche conmigo?

—Porque quiero que descanses y estés lista mañana para acompañarme.

Casi no pude escucharla, su garganta se había cerrado y no era capaz de pronunciar una palabra, sus lágrimas saltaron a la vez que se reía y me abrazó.

—¿Quieres que esté contigo todo este mes?

—Sí, quiero que te aburras en las presentaciones para que tengas más ganas de disfrutar los momentos que estemos juntos, quiero enseñarte Roma, cenar contigo en París y comprar medio Nueva York.

Movía su cabeza asintiendo mientras seguía llorando y me besó con pasión, como sólo ella sabía y como me enseñó a hacerlo.

## 11. Paris, Roma

Aterrizamos en el aeropuerto de Orly en París y nos dirigimos al hotel, para esta ocasión no elegí los habituales y más funcionales, pero estando Luis conmigo se merecía disfrutar del Hotel de Vendome, una construcción del siglo XVII, de la época de Luis XIV que nos dejaba a la misma distancia el Sena, la Place de la Concorde y el Louvre; ideal para llegar a ellos paseando.

—Esto es un sueño, Jorge —dijo Luisa besándome sin compasión alguna.

—Luisa, vamos a cenar, Luisa...

—¡Luego! —dijo melosa.

—¡Ahora! Vamos a ducharnos, a cenar en el Sena y luego volvemos al hotel. Tenemos una semana.

—¡Soso! —Me dijo pícara y sacando la lengua, estaba dispuesta a aceptar mi juego, pero ella también quería jugar. Se desnudó con pereza delante de mí y puso en tensión algún que otro músculo de mi cuerpo.

La noche era espectacular y bajamos paseando de la mano hasta Tuileries para coger el barco con el que recorreríamos el Sena mientras cenábamos.

Regresamos al hotel en taxi y durante todo el camino estuvo con la cabeza sobre mi hombro, sin decir nada y con las manos entrelazadas. Las emociones del viaje, el cansancio y el vino de la cena hicieron mella en Luisa que terminó dormida en el coche. La besé en la frente y cerré los ojos con fuerza sabiendo el daño que la haría; pero era mi propósito y no cejaría hasta conseguirlo a pesar de que podría perder la vida en mi empeño.

Al día siguiente, después de una estupenda comida en Montmartre, nos dedicamos a hacer algunas compras y visitar la torre Eiffel. Lo primero fue comprar algo de ropa para Luisa, quería a toda costa vestir diferente, una minifalda de color gris y unas medias de lana con zapato bajo, un jersey enorme con una bufanda talla extra grande de vivos colores y un sombrero; sí, un sombrero.

Llegamos a la torre Eiffel y quise immortalizar esos momentos

fotografiando a Luisa con disimulo, evitando poses sistemáticas, guardando el instante con su propia naturalidad. Todo gran momento se merece un respiro y llegó la hora de tomar un café en cualquiera de las terrazas que sembraban la zona.

—¿Qué es lo que has llevado en la mano todo el rato?

—¿A qué te refieres?

—¡No te hagas el tonto!, lo que llevas en el bolsillo.

—¿¡Ah!? Es un prototipo del que nunca me separo, de vez en cuando también ejerzo de ingeniero —dije.

—¿Y qué hace?

—Es muy complejo, ya te lo contaré algún día.

—¿Secretos tecnológicos? —dijo riendo.

—Algo así, Luisa.

—¡Venga, cuéntame algo! Quiero saber cosas sobre ti y tus trabajos.

—Si llegaras a verlo tendría que matarte —dije muy serio y provocando una gran carcajada en Luisa.

—Con esas caras que pones no serías nunca un espía.

—Tienes razón, me pillarían enseguida. Ahora en serio, es un proyecto que tengo con una empresa americana y otra japonesa y que con toda probabilidad cerremos en Nueva York.

—¡Me muero de ganas por saber lo que es!

—Te morirías de risa si lo supieras. Y ahora olvida mis proyectos y cuéntame algo sobre antropología, necesito aburrirme.

Para nada fue aburrido lo que me estuvo contando, llena de energía y hablando de tal forma que me contagió el mismo ánimo que infundía en sus palabras. Sin duda sería una gran oradora en su campo.

París casi agotó su vida con nuestras ganas de arrebatarle toda su luz y encanto, sonriendo con descanso cuando nos vio partir hacia Roma.

La semana en Roma no iba a ser tan intensa de trabajo, habíamos concentrado las reuniones en los dos últimos días, con lo que Luisa y yo pudimos disfrutar de cinco días completos para nosotros. Cinco días agotadores, en todos los sentidos, donde después de patear Roma hasta la saciedad visitamos Venecia, Florencia, Messina, Palermo... todo aquello que

yo conocía quería mostrárselo.

—Tenemos toda la vida para volver cuando queramos, de hecho, quiero pasar tres días enteros en Florencia, quiero visitarla otra vez.

—Volverás —le dije.

—Este restaurante me encanta, pídemme otro postre mientras voy un momento al baño —dijo Luisa.

Estábamos en una terraza de Alghero, en la costa Esmeralda de Cerdeña, una de las ciudades medievales más bonitas que conozco y en la que me he perdido infinidad de veces.

—¡No haces caso, tú nunca haces caso a mí!

La voz que hablaba a mis espaldas me dejó helado. Era la única persona que jamás pensé que podría encontrarme en mis viajes.

—¡Mei Ling! ¿Qué haces aquí?

—¡Yo te busco a ti! ¡Vuelve a tu casa, tu no seguir!

—No puedo, Mei Ling. Ya es demasiado tarde.

—¡No tarde! ¡Dejar todo igual, yo te advertí muy peligroso! ¡Tú nunca haces caso a mí!

—Debo hacerlo, Mei Ling. ¡La última vez!

—¡Nunca debí contar secreto!

—¡Hola!

Luisa acababa de llegar del baño. Mei Ling se levantó de la silla y saludó con una leve reverencia.

—Luisa, te presento a Mei Ling. Es una gran amiga y colaboradora que conocí en Bielorrusia.

—Hola, no tengo ni idea de donde está ese sitio; pero con lo viajero que es Jorge no me extraña. Mucho gusto.

—¡Mucho placer, Luisa! Muy guapa, como me cuenta Jorge muchas veces.

—¡Vaya, muchas gracias! Jorge no me había hablado nunca de usted.

—¡Jorge muchos líos en la cabeza! ¡Ahora disculpas, tengo que marcharme!

—Mucho gusto en conocerla.

—Te acompaño a la salida, Mei Ling —dije.

Mei Ling hizo una nueva reverencia y puso la mano en la mejilla de Luisa, cerró los ojos y sonrió. Luisa estaba perpleja, no entendía la forma de despedirse de mi anciana amiga y me miró con aire interrogante. Moví la cabeza como diciéndole que no se preocupara por esas rarezas y acompañé a Mei Ling hasta la salida.

—¡Tu convencerme de esta locura y yo dar anillo! ¡Ella es mucho buena y tú tonto! ¡Cuando vuelvas me devuelves anillo para siempre!

—Te lo prometo, Mei Ling.

—¡No prometer lo que no cumplir! ¡Anillo nunca mata a nadie, tú sí!

Mei Ling se marchó bastante enfadada, cuando volviera a Madrid sabía que me esperaba una interminable reprimenda por su parte.

Luisa se había terminado el postre y estaba fumándose un cigarro, mala señal; cuando se encendía un cigarro era porque algo no iba bien.

—Curiosa mujer.

—Sí, muy peculiar —dije.

—¿Por qué me ha tocado la cara?

—Debe ser algo de su cultura, no le des importancia.

—Es que he notado una extraña sensación, no sé, me ha parecido sentir un montón de imágenes en mi cabeza.

—¿Y qué te ha parecido ver? —dije intranquilo.

—No sé, Jorge. Es como cuando tienes un sueño y luego no puedes acordarte de nada.

—Eso es por el vino, Luisa. Anda vámonos que empieza a refrescar y no debemos perder el avión.

Nos levantamos riendo y salimos del restaurante sin mencionar nada más sobre Mei Ling, cosa que me tranquilizó mucho; no estaba para dar muchas explicaciones de mi curiosa amiga y de la relación tan particular que teníamos.

Abrí la puerta del taxi que nos llevaría al aeropuerto y antes de entrar Luisa se volvió para lapidar el encuentro con Mei Ling.

—¿Bielorrusia?

## 12. La confesión

*Jueves, 13 de febrero de 1986*

Hubiera preferido otras fechas para Nueva York; pero la editorial manda. Cero grados y un frío terrible que a Luisa parecía no importarle nada. Nos alojamos en el flamante y recién inaugurado Hotel Marriot en Manhattan, en pleno corazón de Broadway. Una tarde, después de ir de compras, Luisa entró en la habitación.

—Jorge, ¿dónde estás? Ya estoy de vuelta.

La escuché bastante entusiasmada.

—¡En la ducha, ya salgo!

Abrí la puerta del baño envuelto en el albornoz y la encontré sentada en la cama, muy extrañada y con algo en la mano. Su semblante no tenía nada que ver con la alegría con la que entró en la habitación.

—¿Qué es esto, Jorge?

—Ya te dije que una tontería, el proyecto en el que trabajo.

—Pues no me estoy muriendo de la risa. ¿Cómo puedo aparecer dentro de este aparato?

—Es una fotografía de París.

—Eso ya lo sé, no soy tonta; pero, ¿cuándo la has revelado y cómo puede estar en esta mini televisión?

—Ese es el secreto del invento, Luisa. Hace diez años se inventó una máquina que fotografiaba sin revelado y yo la he mejorado y reducido su tamaño; para eso es la reunión de mañana, tengo que presentar el prototipo a la gente de Thomson.

Le estaba quitando importancia al asunto, Luisa acababa de descubrir mi móvil, me hubiera abofeteado mil veces por no haber tenido cuidado y dejarlo a la vista. Intenté quitárselo de las manos cuando el azar quiso que deslizará un dedo por la pantalla y cambiara la fotografía que estaba viendo.

Su asombro iba en aumento, una a una fue viendo todas las fotos que le tomé en París y en Italia sin que ella se diese cuenta.

—¿Quién es esta niña?

—Luisa...

—¡Por favor, Jorge! Sabía que algo me ocultabas, no me engañes ahora. ¿Qué quiere decir esto que pone debajo de la foto? “¡Mi niña!”.

Las lágrimas estaban a punto de aflorar en sus ojos.

—Se llama Julia y es mi hija.

—¿Estás casado?

—Lo estuve hace tiempo.

—¿Hace tiempo, Jorge? ¿Qué me ocultas? Esta niña debe tener trece o catorce años, tú tienes veinticuatro, ¿quieres volverme loca?

—El concepto del tiempo es muy relativo...

—¡Déjate de gilipolleces, Jorge! ¿Por qué no me dices de verdad quién es? ¿Qué es lo que está pasando?

—Luisa, en Madrid te ofrecí que vinieras a Estados Unidos para continuar tus estudios.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Deja que me explique. Te he traído aquí para que conozcas a unas personas, ellas se van a encargar de todo.

—¡Todo ha sido una mentira! París, Roma.

—Luisa...

—¡Cállate, Jorge! Sólo tenías la intención de sacarme de Madrid para que hiciera lo que tú querías. ¿Me has enamorado para alejarme de ti? ¡Eres un hijo de puta! Y encima no sabes mentir, ¿qué tienes una hija adolescente? ¡Por favor!

Si quería conseguir mi propósito y convencerla de que se quedara debería ser sincero costase lo que costase, de todas formas, ya se había ido todo a la mierda.

—¡De acuerdo, Luisa! Vas a saber todo, necesito que abras tu mente, que comprendas porque estoy haciendo esto y que escuches sin interrumpirme por muy raro que te parezca lo que te diga. Y por favor, ¡créeme!

Luisa se levantó de la cama y fue hacia el mueble bar, se preparó una copa, encendió un cigarrillo y con el dorso de la mano se limpió las lágrimas.

—Te escucho.

—Me llamo Jorge Soto, tengo cincuenta y cuatro años, estuve casado con Luisa Mendieta y esa niña es nuestra hija.

Luisa se sentó en la cama y apuró de un trago el wiski que tenía en el vaso. Pálida, escuchó con atención todo cuanto le fui contando.

—Es algo increíble, ciencia ficción, magia, juegos del demonio, me da igual como quieras llamarlo. Nuestra vida era tal y como la recuerdas hasta el instituto, en una fiesta en casa de un amigo nos fumamos unos porros y acabamos en la cama.

Durante un buen rato relaté nuestra vida, el primer piso de alquiler, mi trabajo en un almacén y como terminamos por montar un pequeño negocio que me absorbió todo el tiempo, nunca estaba en casa y ella siempre sola, esperando.

Tuvimos un problema y lo perdimos todo. La empresa, la casa y casi nuestro matrimonio, pero Luisa se quedó embarazada y nació Julia. Gracias a ella volvimos a estar juntos y comenzamos de nuevo, pero la vida había decidido que tenía que golpearnos una y otra vez.

Luché por darle todo, pero nunca tenía nada, Luisa siempre se afanaba por quitarle importancia y apoyarme una y mil veces hasta que el hastío pudo con nosotros y mi desidia y abandono la empujó a encontrarse con lo que no tenía. Alguien supo hacerle sentir mujer en el momento que más lo necesitaba.

Entonces me di cuenta de lo que había perdido, de todos los errores que cometí con ella y me quité de en medio. Levanté de nuevo la empresa y dejé abandonada a Luisa en el aburrimiento.

—Hace poco estuve en Minsk, en Bielorrusia, un país que se formará tras la desaparición de la Unión Soviética. Ahí es donde pensé en como hubiera sido tu vida si no me hubieras conocido, qué habría pasado si hubieras ido a la universidad y lo pensé en voz alta después de haberme bebido media botella de vodka. Una persona escuchó todo lo que decía, Mei Ling, no me preguntes por qué; pero me hizo un regalo y me dijo que una sola vez en la vida se podría cambiar el destino.

Le conté como me entregó el anillo al que llamaba “el corazón del



tiempo” y me concedió el deseo de volver atrás y cambiar nuestra vida, pero cada vez que lo intentaba algo ocurría que dejaba todo peor de cómo estaba. Regresaba una y otra vez para sortear esos obstáculos hasta que sólo me quedó una oportunidad más, ésta.

—Y aquí estoy, intentando que seas la mujer que querías ser, que tengas la vida que yo siempre quise que tuvieras; pero el destino y el tiempo me desvelaron que eso sólo sería posible si yo no estaba contigo.

—Jorge, no sé si estás loco ni de dónde has sacado esa historia, parece uno de tus libros y si es una broma no me hace ninguna gracia.

—Esa es la verdad.

—La verdad de un millonario aburrido que no sabe en qué gastar su tiempo. ¡Eres patético!

—Eso que tienes en la mano es un teléfono móvil de última generación, en mi tiempo me puedo conectar con quién quiera en cualquier parte del mundo y hace cosas que ahora mismo no te puedes imaginar. ¡Mira!

Tomé el móvil e hice una foto de Luisa, ella alucinaba viendo como la manipulaba con la pantalla táctil; algo tan simple ahora y brujería para nosotros hace algunos años. Después le enseñé algunas fotos más que tenía almacenadas, de nuestra boda, de cuando nació Julia, de cuando hicimos el veinticinco aniversario; le mostré algunas conversaciones de WhatsApp que habíamos mantenido los dos y algunas cosas más; no daba crédito a lo que veía.

—Jorge, suponiendo que todo lo que me dices es verdad, no entiendo por qué lo has hecho, la vida de cada persona hay que vivirla tal y como nos viene.

—Sólo quería lo mejor para ti. Hice mi fortuna con trampa, siempre sabía a qué números de la lotería jugar, en que empresas invertir, todo para legarte una riqueza.

—Lo mejor no es la riqueza ni la opulencia, hay muchas cosas pequeñas que hacen una vida bonita y hay que sufrir para aprender de nuestros errores e intentar siempre superar los reveses del destino.

—Eso lo he aprendido muy tarde.

—Vuelve atrás, recupera nuestras vidas, deja esto como un mal sueño y regresa al mundo real, deja que todo siga su curso para bien o para mal.

—No puedo, ya es tarde. Esta era mi última oportunidad, si regreso ahora volveré al último punto, al último momento y créeme que no es nada bueno.

—Has jugado con el destino.

—Y he perdido, Luisa.

—¿Mucho?

—Nuestras vidas.

—¿Y qué solución hay?

—Que vivas tu vida, nunca nos habremos conocido.

## 13. El último beso

*Martes, 18 de febrero de 1986*

Después de aquel día perdí el rastro a Luisa. Terminé mis asuntos en Nueva York y dimos por finalizada la gira de presentación de la novela. Tenía el billete de vuelta a Madrid para el miércoles y nada que hacer hasta ese momento, pasé todo el día viendo películas en la televisión por cable del hotel. Cerca de las siete de la tarde recibí una llamada de recepción.

—Señor Soto, tiene una llamada, le paso —dijo una voz al otro lado de la línea.

—Gracias.

—¿Jorge?

—Luisa, ¿dónde estás?

—En recepción, quisiera hablar contigo. ¿Te apetece salir a cenar?

—¡Claro que sí! Dame diez minutos y bajo.

Luisa me esperaba de pie apoyada en una de las columnas de recepción, estaba preciosa y llevaba la misma ropa que el día de la presentación en Madrid. Ese magnífico traje negro que tan bien sabía lucir.

—¿Sabes de algún sitio, Jorge?

Tomamos un taxi y Luisa no dijo ni una palabra durante todo el trayecto y yo quise respetar su silencio que rompió cuando nos sentamos en la mesa.

Durante la cena Luisa estuvo radiante, con una actitud distinta a la que mantuvo en el taxi, charlatana y riendo mis poco graciosas “gracias”, sin comentar en ningún momento nada relacionado con nuestra conversación del jueves.

—¿Cuándo regresas a Madrid? —dijo Luisa.

—Mañana, el vuelo sale a las cinco. ¿Y tú?

—Me quedo en Nueva York.

—Me alegro de tu decisión.

—No es mi decisión, Jorge, pero no tengo más remedio si queremos seguir existiendo. Aunque, siempre faltará alguien.

—Julia.

—Sí, eso lo lamentaré toda la vida. Tuvimos una hija a la que debí querer con locura y ahora no la conozco y nunca la conoceré.

—Yo también lo lamentaré, era mi ojito derecho.

—¡Ahora, cuéntame! Como salgo de este embrollo, con quien tengo que hablar, que he de hacer.

—El día que quieras te pasas por una dirección que luego te dejaré, solo te presentas; ellos ya saben todo lo que tienen que hacer y te guiarán en todos tus pasos.

—¿Tienes algún lugar previsto para vivir o estaré siempre de hoteles? — dijo sonriendo con amargura.

—Tienes un apartamento a tu nombre en la Quinta Avenida, y te dejo una cuenta con algo de dinero.

—¿Algo? Viniendo de ti no creo que se algo.

—Cinco millones.

—¿De pesetas?

—De dólares.

—Cara pagas mi vida.

—No hay dinero en el mundo para pagar tu felicidad.

—Y mi madre, ¿sabrá algo?

—Sabrá que te han concedido la beca y que te quedas aquí hasta terminar tu formación, os he dejado la casa del Retiro para vosotras.

—Demasiado generoso y me temo que ese precio, además, incluye algo que no quiero imaginarme, ¿verdad?

—Sí, Luisa.

—Dímelo, quiero oírlo por ti.

—Nunca nos volveremos a ver, ni siquiera nos hemos conocido. Llegaste a Nueva York por tu beca.

—Demos un paseo, Jorge. Necesito que me dé el aire.

Salimos del restaurante y bajamos hasta Central Park.

—Jorge.

—Dime.

—¿Me quieres?

Me detuve y la miré a los ojos, tomé sus manos y besé con dulzura sus labios, un simple roce al que ella no se resistió.

—Estoy loco de amor por ti y moriré llevándote en mi corazón.

Algunas lágrimas quisieron aflorar por sus ojos, pero no pudieron, Luisa entrelazó sus dedos con los míos y seguimos caminando.

—Llévame al hotel, quiero pasar nuestra última noche contigo.

Entramos en la habitación del hotel, iluminada por los destellos fugaces de las luces de colores que inundaban Broadway a esas horas de la noche.

Luisa se quedó en la puerta, inmóvil, un haz de luz azul, rebotado de alguno de los carteles exteriores, se reflejaba en su cuerpo adornándolo de una belleza especial, fantasmagórica y que dibujó aún más su figura cuando deslizó el vestido por su cuerpo hasta caer al suelo y enredarse en sus tobillos.

Pasó sobre él y se acercó a mí, con lentitud, provocando que mi boca quedara seca y me costara tragar saliva; era una visión que quisiera recordar toda la vida, su pelo cubriendo parte de sus pechos desnudos y el cuerpo cubierto solo con unas pequeñas bragas negras y sus zapatos de tacón.

—Ven —dijo—. Ven conmigo.

Me quitó la corbata y la chaqueta; no tenía ningún miramiento por el estado en el que quedaría la ropa cuando llegara al suelo. Siguió mi camisa y ahí se detuvo, quería mandar ella, tener el control de la situación y yo me dejaba hacer. Dejó caer las manos desde mis hombros hasta que mi pecho quedó al descubierto y me besó; primero en los labios, unos simples roces, después el cuello y fue bajando mientras aprovechaba para eliminar el cinturón y aflojar los pantalones que cayeron como cayó su vestido, enredados en mis tobillos.

Se deshizo de los tacones y con el pie descalzo pisó mis prendas que estaban en el suelo y me empujó hacia atrás, liberándome de ellas, hasta alcanzar el sofá, donde me hizo sentar y se deshizo de lo único que cubría mi cuerpo, arrodillándose ante mí.

Yo ya llevaba tiempo con bastante tensión oprimida que se liberó ante

ella, acerqué mis manos a su cara y me las retiró muy despacio a la vez que con su cabeza negaba mi acción y su cara, pícara, dibujaba una media sonrisa.

Sus manos recorrieron mi pecho dirigidas por las cuidadas uñas pintadas de rojo, como sus labios, que se entreabrían al ver como cerraba mis ojos. Después del pecho siguieron por el vientre y los muslos para recrearse durante un rato en ciertas cercanías.

Abrí los ojos y la miré; Luisa deslizó su lengua humedeciendo sus labios, sentía el aliento caído muy cerca de mí y temblaba como un chiquillo; cada vez más cerca, cada vez más calor; hasta que mi cuerpo se enervó cuando Luisa decidió que era el momento de humedecer algo más que sus labios.

Durante unos segundos cubrió con su boca el principio de mi deseo, apretando con los labios y recorriéndolo con la lengua; lo dejaba escapar un instante y regresaba a por él hasta que notó que debía detenerse; me miró cargada de sensualidad y escaló hacia mí besando todo lo que encontraba a su paso deteniéndose frente a mi boca donde se olvidó de la calma.

Me besó con ganas y furia, tenía ganas de lucha y yo ya me había despertado de mi letargo no estando dispuesto al enfrentamiento definitivo. Seguimos besándonos mientras mis manos recorrían todo su cuerpo hasta centrarse en sus pechos, castigándolos con dulzura hasta que mi boca los hizo presos.

Me levanté del sofá llevando a Luisa enrollada sobre mi cuerpo, sin separarse de él, hasta la enorme cama que suspiraba por recibirnos. Se quedó tumbada, boca arriba, cediéndome todo su esplendor, mis dedos entraron por los laterales de sus bragas y fueron bajando o, mejor dicho, subiendo por sus piernas alzadas hacia el cielo.

Luisa se mordisqueaba el labio inferior y me sonreía, otra vez esa sonrisa pícara que provocaba a todos mis sentidos a la vez; separé sus piernas y me deslicé hacia su vientre y más allá.

Fui besando hasta llegar a donde deseaba; me detuve en cada zona, en cada rincón, aumentando de velocidad y la presión, escribiendo mi nombre con la lengua para terminar firmando con toda mi boca sobre ella.

Arqueó la espalda y abrió aún más sus pierna, su vientre se convulsionaba y entraron en juego mis dedos, ella se estaba rindiendo y quise recrearme mirando su rostro hasta que su cuerpo se relajó.

No tenía intención de darle ningún respiro, me puse a su altura y atrapé sus labios con los míos; sus piernas me atenazaron y cruzó sus tobillos en mi espalda. Ahora era ella la que quería otra vez el control y, todo; pero yo quería seguir dominando, ya no era mi lengua la que escribía nombres y firmé entrando con mucha calma, la misma que tuve para salir. Sus piernas, abrazadas a mí quisieron marcar el ritmo; pero no cedí.

Una y otra vez danzaron nuestras caderas al mismo ritmo que poco a poco subió en intensidad, hasta que ya no hubo forma de que nada en este mundo pudiera detenernos. Yo no quería terminar ese momento y ella tampoco, estábamos en el séptimo cielo y sin abandonar mi sitio hice que notara mi intención de continuar y que se mantuviera en la cima. Ella fue cómplice y sin bajar de las alturas quiso seguir allí un rato más. Muy poco tiempo necesitó para pedirme fuerza entre susurros y yo la complací con todo el empuje que podía darle en aquel momento hasta que sus uñas se clavaron en mi espalda.

Aún estuve un poco más dentro de ella, relajándonos, recuperándonos de ese momento nuestro, de ese último encuentro con el que nos estábamos despidiendo; me dejé caer en la cama, boca arriba, y Luisa puso la cabeza sobre mi pecho.

—Sí nos viéramos alguna vez, en el futuro, ¿te reconocería? —dijo Luisa.

—No, nunca sabrás quien he sido.

—¡Abrazame!

—Luisa se dio la vuelta y todo mi cuerpo la envolvió, durante unos minutos apreté su cuerpo contra el mío mientras besaba sus hombros y ella mi mano. Se levantó de la cama y de su bolso sacó un cigarrillo que fumó sentada en el butacón que había delante del gran ventanal de la habitación del hotel. Estuve en silencio todo el tiempo hasta que regresó a la cama y se sentó sobre mí.

—No quiero que termine esta noche —me susurró.

## 14. Ahora

*Ahora, un lunes cualquiera.*

Con el recuerdo de aquella noche de hace casi treinta años dejé el marco de plástico sobre el escritorio con la foto de ella. Ese marco que me obsequiaron cuando le regalé mi primer ramo de flores. El teléfono me devolvió a la realidad.

—Jorge, está aquí tu amiga, Mei Ling —dijo Lola al otro lado de la línea.

Lola Estrada, quizá la persona que mejor me conoce teniendo en cuenta que lleva trabajando para mí algo más de veintisiete años. Su cabeza es lo más parecido a un ordenador y en su base de datos personal tiene almacenada, con absoluta seguridad, toda mi vida

—¡Hazla pasar, por favor!

—¡Hola Jorge parece que no tener tu buen día!

—¡Por Dios, Mei Ling! ¡Llevas una vida en Madrid y aún sigues hablando como los indios!

—¡Para hablar tu idioma necesitar tres vidas!

—¿Qué es lo que quieres?

—¡Decirte que ya estas liberado!

—Muchas gracias, Mei Ling. No sé cómo podría pagarte todo lo que has hecho por mí y por todos.

—¡Reconocer error estuvo bien, pero egoísmo y ambición hacer que perderte!

—Conseguí mi deseo, darle una nueva vida a Luisa.

—¡Luisa buena vida, aunque tener tú que saber!

—Sí, fue una bonita maldición la que me dejaste cuando me quitaste el anillo, ella nunca sabría que yo he existido, pero yo siempre la recordaría.

—¡Es la factura que tener qué pagar! ¡Y no quejar, a ti no irte mal, ser un poderoso!



—No me quejo, Mei Ling; además, si no fuera así no podría mantener tu sueldo. Por cierto ¿Qué haces con el dinero que te doy, siempre vistes igual?

—¡Ya no pagar más, Mei Ling marchar!

—¿Te vas? ¿A dónde?

—¡Prestar anillo hace tiempo y Mei Ling tiene que recuperar!

—¿Otro borracho a punto de tirarse a un río?

—¡No siempre borrachos, Jorge! ¡Ahora descansa de tu pena! ¡El hombre que mandar matar estar bien!

—Gracias, Mei Ling. Eso me ha martirizado siempre.

La besé en la frente y ella posó las manos sobre mis mejillas y me sentí invadido de una enorme calma.

—¡Dejar martirio, ya no existir!

—Gracias otra vez. Y allá donde vayas que encuentres gente merecedora del “corazón del tiempo”.

Mei Ling sonrió y se marchó sin decir nada, había cumplido su promesa; me liberaría del pesar de la muerte de Teo a cambio de recordar a Luisa, pero sin saber nunca que ha sido de ella. El teléfono de Lola volvió a sonar.

—Jorge, ya han llegado. ¿Los hago pasar?

—Sí, por favor.

Entró Antonio Ramírez, mi editor, que sustituyó a Julián cuando se jubiló hace siete años, detrás de él un hombre de mi edad, bien parecido y que vestía con elegancia y una mujer, de unos treinta años, muy guapa.

—Jorge, te presento a Miguel Leal, Catedrático en Arqueología y que ha aceptado que la fundación que él preside te asesore en la nueva novela —dijo Antonio.

—Un placer, Miguel.

—Lo mismo digo, Jorge.

—Y la señorita Julia Thomson, egiptóloga.

—Muy joven para ser una de las más reputadas en su género señorita Thomson —dije.

—Julia, por favor; y debo decirle que la edad no influye en los conocimientos... ¡En algunas ocasiones!

Tuve que sonreír ante la respuesta de Julia. Los cuatro nos sentamos en la mesa de reuniones y durante más de una hora Miguel Leal estuvo contándome las genialidades que investigaban en su Fundación y lo bien que nos vendría a ambos la colaboración que estábamos a punto de firmar. Como siempre, a todo decía que sí; al final, siempre hacía lo que me daba la gana.

Se acercaba la hora de comer y tal y como teníamos previsto les invitaría a todos a la comida de negocios que se cerraría en los postres con la firma del contrato.

Mientras caminábamos hacia el restaurante charlé con Julia, una extraordinaria mujer a pesar de su juventud, desenvuelta, con una frescura especial y una sonrisa de las que enamoran.

En el restaurante nos estaba esperando e indicaron la mesa redonda que tenían reservada para nosotros. Lola y Julia se sentaron juntas, los últimos minutos se habían encaramado en una conversación de mujeres de la que escapé con gran habilidad.

Me senté de espaldas a la puerta flanqueado por Antonio y Miguel, como era de esperar, para seguir con el sufrimiento de soportarles durante toda la comida.

—Por favor —dijo Miguel a un camarero—, ¿podría poner un cubierto más? Jorge, permítame presentarle a la persona que se encargará de todo lo que usted necesite; acaba de llegar nuestra directora, la señorita Luisa Mendieta.

—¡Hola, mamá! —dijo Julia.

## 15. Mei Ling

*El mismo día, quizá otro momento.*

Mei Ling mostraba su rostro feliz después del encuentro que acababa de tener con Jorge, la experiencia con él había sido dura y muy larga; pero al final había merecido la pena y la satisfacción que sentía hizo que su sonrisa resplandeciera como nunca y que no pasara desapercibida por algunos de los peatones que paseaban por el lugar.

Sentada en un banco próximo se encontraba una mujer, morena, muy guapa y que dedicó una sonrisa perfecta a Mei Ling cuando se sentó junto a ella.

—Buenos días, observo que está usted muy contenta.

—¡Más que usted! —dijo Mei Ling.

—Está equivocada, señora. Hoy para mí es un día especial y estoy estupenda.

—¡Mei Ling ver que estás estupenda; pero Mei Ling no hablar de tu cuerpo! Cara serena y feliz; ¡pero ojos tristes, solitarios y sin lágrimas!

—Me ha caído usted muy bien, señora; pero no voy a dejar que lea mi mano.

—¡Mei Ling no podría, no sé leer!

La carcajada de su compañera de banco hizo que Mei Ling tocara el brazo de ella.

—Por algún motivo, de pronto, me ha parecido recordar que la he visto en algún lugar.

—¡Puede ser que Mei Ling haya coincidido con usted en algún tiempo!

—Hasta su forma de hablar me resulta familiar.

—¡Luisa Mendieta! —dijo Mei Ling.

—Sabe mi nombre, eso es señal de que nos conocemos, ¿dónde nos hemos visto?

—¡Hoy será día especial para ti, pero esos ojos no han tenido nunca días

especiales!

Luisa se quedó mirando hacia el cielo, después paseó la vista entre la multitud que deambulaba frente a ella, entornando sus ojos, apretando los labios, buscando lo que nunca tuvo.

—¡Que faltar en la vida de Luisa Mendieta!

—Tengo de todo, lo que cualquier mujer haya anhelado; pero...

—¿Pero? —Interrumpió Mei Ling.

—No sé por qué tengo que contarle nada; aunque crea que nos conocemos, mi vida privada es mía.

—¡Un regalo por saber que faltar en la vida de ti!

Mei Ling abrió la mano y Luisa contempló como le ofrecía un anillo de oro, lo cogió e hizo intención de ponerlo en su dedo, pero sólo se quedó contemplando como le quedaría puesto.

—Soy una mujer afortunada, he tenido todo lo que he querido, aunque no lo haya necesitado, y una preciosa hija de la que no recuerdo siquiera quien es su padre. Nunca ha habido en mi vida un hombre.

—¡Eres madre, algún hombre ha tenido que haber!

—No me refiero a eso, Mei Ling, he tenido hombres, muchos y muchas experiencias espléndidas como mujer; pero me falta ese hombre que todas necesitamos.

—¿Y el padre de tu hija? —dijo Mei Ling.

—Soy incapaz de ponerle cara, tuvo que ser una borrachera muy buena, pero algo en mi corazón me decía que esa criatura debía nacer; por algún motivo quería tener un trozo de ese desconocido.

—¡Búscalos!

—Lo he intentado millones de veces y siempre surgía algo que hacía que me lo quitara de la cabeza.

—¡Mei Ling insistir, búscalos!

—En otro momento, vieja.

—¿Por qué en vuestra familia todos os empeñáis en llamarme vieja?

—No sé qué quieres decir con eso, pero si me disculpas tengo una reunión a la que no debo faltar.

—¿Te gustaría acudir a tu reunión sabiendo todo?

Luisa ya se había levantado del banco y miró muy extrañada a Mei Ling, sus últimas frases no tenían sentido y había sentido un escalofrío por su espalda.

—¿Qué tengo que saber?

—¡Nunca entenderías nada, sólo si tu perdonar!

—¿Perdonar?, ¿el qué, a quién? Mei Ling me tienes intrigada.

—¡Ofrecerte regalo, poner anillo en tu dedo!

Luisa obedeció a Mei Ling y el anillo lució esplendoroso en su mano, brillando de tal forma que no veía más allá de él.

—¡Mei Ling!, ¿Italia? Una cafetería en Alghero, en Cerdeña —dijo Luisa como si estuviera poseída.

—¡Entiende, perdona y ama! —dijo Mei Ling.

Unas lágrimas comenzaron a caer por las mejillas de Luisa, sus ojos brillaban de otra forma y abrazó a Mei Ling durante un largo rato.

—¿Volveré?

—¡Mei Ling, saber que sí!

—Sé que es él, siempre ha sido él.

—¡Pues menuda sorpresa le espera si no decides cambiar el momento! —dijo Mei Ling.

—¿Cómo te lo podré agradecer, Mei Ling?

—¡Se feliz!

Luisa Mendieta se marchó hacia el restaurante donde la esperaban, corría más que andaba mientras se secaba las lágrimas de sus ojos y en su rostro aparecía una sonrisa.

Mei Ling la miraba y con un ligero suspiro se dio la vuelta y volvió a sentarse en el banco que tenía un nuevo inquilino. Una quinceañera.

—Parece que has hecho feliz a esa mujer, vieja —dijo la joven.

—Toda mujer tiene en su vida un hombre con su corazón latiendo por ella para toda la eternidad.

—Qué bonito, ¿cómo te llamas?

—Mei Ling, ¿y tú? eres Julia Thomson, ¿verdad?

**FIN**

## NOTA DEL AUTOR

### Definiciones del argot

*Canci*: Discoteca de Madrid

*Guay*: Que está bien

*Estirao*: Presuntuoso, vanidoso

*Piti*: Cigarro

*Kely*: Casa

*Piva*: Novia

*Marrón*: Problema

*Pires*: Irse

*Mandriles*: Suele acompañar a “pires”

*Maderos*: Policía

*Pillao*: Loco por una chica

*Tronko*: Tío, colega, amigo

*Privando*: Bebiendo alcohol

*Pericas*: Chicas para ligar

*Mal rollo*: Mal ambiente

*Apalancao*: Sin ganas de moverse

*Keo*: Casa

*Emparanoiar*: Obsesionado con algo

*Rollo macabeo*: Contar algo pesado, aburrido

## **Información del autor**

Si te ha gustado la novela me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

Será un placer enviarte información sobre mis nuevas novelas y algún que otro regalo literario si me mandáis un mail a [rafael.lara.sanchez@outlook.es](mailto:rafael.lara.sanchez@outlook.es)